

FÁBULAS EN VERSO



POR Samaniego

109

109

109

109

176
COM

FÁBULAS

EN VERSO CASTELLANO

POR

D. FÉLIX MARÍA SAMANIEGO

OBRA DECLARADA DE TEXTO

por el Real Consejo de Instrucción pública y aprobada
por la Autoridad eclesiástica.

EDICIÓN CALLEJA

CORREGIDA POR SIETE CENSORES PRESIDIDOS POR UN MINISTRO
DEL TRIBUNAL DE LA ROTA



MADRID
SATURNINO CALLEJA

Calle de Valencia, 28
MÉJICO, HERRERO HERMANOS

*Duplex liberi dos est: quod risum moeet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.*

(PHEDR.: FAB., PROL., LIB. I.)

TRADUCCIÓN

Por dos vale el libro que mueve á reir,
Y dando consejos enseña á vivir.

RODRÍGUEZ-NAVAS.

ÍNDICE

Págs.

A los caballeros alumnos del Real Seminario Patriótico Vascongado.....	9
--	---

LIBRO PRIMERO

FÁBULA PRIMERA.—El Asno y el Cochino.....	12
II.—La Cigarra y la Hormiga.....	12
III.—El Muchacho y la Fortuna.....	14
IV.—La Codorniz.....	15
V.—El Aguila y el Escarabajo.....	15
VI.—El León vencido por el Hombre.....	18
VII.—La Zorra y el Busto.....	18
VIII.—El Ratón de la corte y el del campo.....	18
IX.—El Herrero y el Perro.....	20
X.—La Zorra y la Cigüeña.....	21
XI.—Las Moscas.....	22
XII.—El Leopardo y las Monas.....	23
XIII.—El Ciervo en la fuente.....	24
XIV.—El León y la Zorra.....	24
XV.—La Cierva y el Cervato.....	27
XVI.—El Labrador y la Cigüeña.....	28
XVII.—La Serpiente y la Lima.....	29
XVIII.—El Calvo y la Mosca.....	30
XIX.—Los dos Amigos y el Oso.....	31
XX.—El Aguila, la Gata y la Jabalina.....	32
A D. Javier María de Munive é Idiáquez, Conde de Peñaflo- rida, Director perpetuo de la Sociedad Vascongada de los Amigos del País.....	33

LIBRO SEGUNDO

FÁBULA PRIMERA.—El Leon con su ejército.....	35
II.—La Lechera.....	36
III.—El Asno sesudo.....	38
IV.—El Zagal y las Ovejas.....	39
V.—El Aguila, la Corneja y la Tortuga.....	40
VI.—El Lobo y la Cigüeña.....	40
VII.—El Hombre y la Culebra.....	41
VIII.—El Pájaro herido de una flecha.....	41
IX.—El Pescador y el Pez.....	43
X.—El Gorrion y la Liebre.....	43
XI.—Júpiter y la Tortuga.....	44
XII.—El Charlatán.....	45
XIII.—El Milano y las Palomas.....	46

FÁBULA XIV.—Las dos Ranas.....	47
XV.—El parto de los montes.....	49
XVI.—Las Ranas pidiendo Rey.....	50
XVII.—El Asno y el Caballo.....	51
XVIII.—El Cordero y el Lobo.....	51
XIX.—Las Cabras y los Chivos.....	53
XX.—El Caballo y el Ciervo.....	54
A D. Tomás de Iriarte.....	55

LIBRO TERCERO

FÁBULA PRIMERA.—El Aguila y el Cuervo.....	57
II.—Los Animales con peste.....	58
III.—El Milano enfermo.....	60
IV.—El León envejecido.....	61
V.—La Zorra y la Gallina.....	62
VI.—La Cierva y el León.....	63
VII.—El León enamorado.....	64
VIII.—El Congreso de los Ratones.....	65
IX.—El Lobo y la Oveja.....	66
X.—El Hombre y la Pulga.....	67
XI.—El Cuervo y la Serpiente.....	68
XII.—El Asno y las Ranas.....	68
XIII.—El Asno y el Perro.....	70
XIV.—El León y el Asno cazando.....	71
XV.—El Charlatán y el Rústico.....	72

LIBRO CUARTO

El autor á sus versos.

FÁBULA PRIMERA.—La Mona corrida.....	74
II.—El Asno y Júpiter.....	75
III.—El Cazador y la Perdiz.....	77
IV.—El Viejo y la Muerte.....	78
V.—El Enfermo y el Médico.....	79
VI.—La Zorra y las Uvas.....	80
VII.—La Cierva y la Viña.....	81
VIII.—El Asno cargado de reliquias.....	82
IX.—Los dos Machos.....	82
X.—El Cazador y el Perro.....	83
XI.—La Tortuga y el Aguila.....	85
XII.—El León y el Ratón.....	86
XIII.—Las Liebres y las Ranas.....	87
XIV.—El Gallo y el Zorro.....	87
XV.—El León y la Cabra.....	89
XVI.—El Hacha y el Mango.....	90
XVII.—La Onza y los Pastores.....	90
XVIII.—El Grajo vano.....	92
XIX.—El Hombre y la Comadreja.....	92
XX.—Batalla de las Comadreas y los Ratones.....	93
XXI.—El León y la Rana.....	95

FÁBULA XXII.—El Ciervo y los Bueyes.....	96
XXIII.—Los Navegantes.....	97
XXIV.—El Torrente y el Río.....	98
XXV.—El León, el Lobo y la Zorra.....	99

LIBRO QUINTO

FÁBULA PRIMERA.—Los Ratones y el Gato.....	101
II.—El Asno y el Lobo.....	102
III.—El Asno y el Caballo.....	104
IV.—El Labrador y la Providencia.....	104
V.—El Asno vestido de León.....	106
VI.—La Gallina de los huevos de oro.....	107
VII.—Los Cangrejos.....	107
VIII.—Las Ranas sedientas.....	109
IX.—El Cuervo y el Zorro.....	110
X.—Un Cojo y un Picarón.....	111
XI.—El Carretero y Hércules.....	112
XII.—La Zorra y el Chivo.....	113
XIII.—El Lobo, la Zorra y el Mono juez.....	114
XIV.—Los dos Gallos.....	115
XV.—La Mona y la Zorra.....	115
XVI.—La Gata mujer.....	116
XVII.—La Leona y el Oso.....	117
XVIII.—El Lobo y el Perro flaco.....	118
XIX.—La Oveja y el Ciervo.....	119
XX.—La Alforja.....	120
XXI.—El Asno infeliz.....	121
XXII.—El Jabali y la Zorra.....	122
XXIII.—El Perro y el Cocodrilo.....	123
XXIV.—La Comadreja y los Ratones.....	123
XXV.—El Lobo y el Perro.....	124

LIBRO SEXTO

FÁBULA PRIMERA.—El Pastor y el Filósofo.....	127
II.—El Hombre y la Fantasma.....	130
III.—El Jabali y el Carnero.....	132
IV.—La Mujer, el Raposo y el Gallo.....	133
V.—El Filósofo y el Rústico.....	134
VI.—La Pava y la Hormiga.....	136
VII.—El Enfermo y la Visión.....	136
VIII.—El Camello y la Pulga.....	140
IX.—El Cerdo, el Carnero y la Cabra.....	140
X.—El León, el Tigre y el Caminante.....	141
XI.—La Muerte.....	143
XII.—El Amor y la Locura.....	144

LIBRO SÉPTIMO

FÁBULA PRIMERA.—El Raposo enfermo.....	145
II.—Las exequias de la Leona.....	147

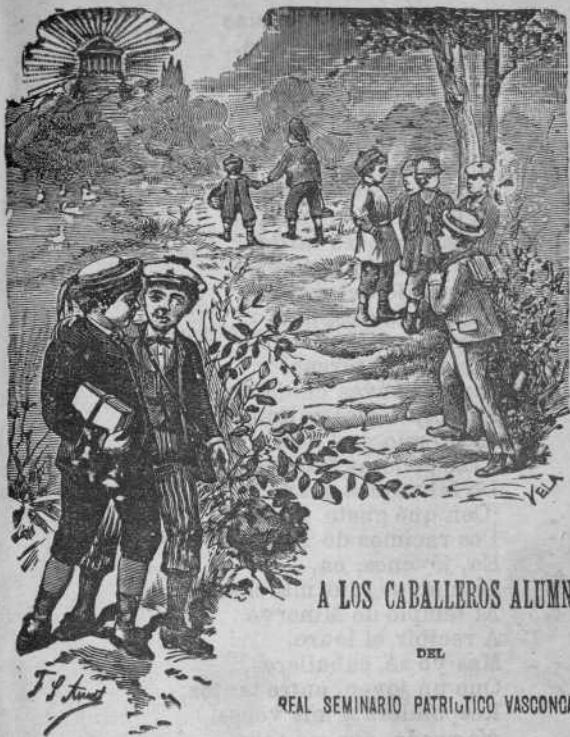
FÁBULA III.—El Posta y la Rosa.....	148
IV.—El Buho y el Hombre.....	150
V.—La Mona.....	151
VI.—Esopo y un Ateniese.....	152
VII.—Demetrio y Menandro.....	153
VIII.—Las Hormigas.....	154
IX.—Los gatos escrupulosos.....	154
De otro modo.....	156
X.—El Aguila y la Asamblea de los animales.....	156
XI.—La Paloma.....	157
XII.—El Chivo afeitado.....	158

LIBRO OCTAVO

FÁBULA PRIMERA.—El Naufragio de Simónides.....	161
II.—El Filósofo y la Pulga.....	163
III.—El Cazador y los Conejos.....	165
IV.—El Filósofo y el Faisán.....	167
V.—El Zapatero médico.....	168
VI.—El Murciélago y la Comadreja.....	170
VII.—La Mariposa y el Caracol.....	171
VIII.—Los dos Titiriteros.....	173
IX.—El Raposo y el Perro.....	175

LIBRO NOVENO

FÁBULA PRIMERA.—El Gato y las Aves.....	177
II.—La danza pastoril.....	179
III.—Los dos Perros.....	181
IV.—La Moda.....	182
V.—El Lobo y el Mastín.....	183
VI.—La Hermosa y el Espejo.....	185
VII.—El Viejo y el Chalán.....	186
VIII.—La Gata con cascabeles.....	188
IX.—El Rruiseñor y el Mochuelo.....	189
X.—El Amo y el Perro.....	190
XI.—Los dos Cazadores.....	192
XII.—El Gato y el Cazador.....	193
XIII.—El Pastor.....	194
XIV.—El Tordo flautista.....	195
XV.—El Raposo y el Lobo.....	196
XVI.—El Ciudadano pastor.....	197
XVII.—El Ladron.....	201
XVIII.—El joven Filósofo y sus compañeros.....	201
XIX.—El Elefante, el Toro, el Asno y los demás animales.....	203



A LOS CABALLEROS ALUMNOS

DEL

REAL SEMINARIO PATRIÓTICO VASCONCADO.

¡Oh jóvenes amables
Que en vuestros tiernos años
Al templo de Minerva
Dirigís vuestros pasos!
Seguid, seguid la senda
En que marcháis, guiados

A la luz de las ciencias
Por Profesores sabios.
 Aunque el camino sea,
 Ya difícil, ya largo,
 Lo allana y facilita
 El tiempo y el trabajo.
 Rompiendo el duro suelo,
 Con la esteva agobiado,
 El labrador sus bueyes
 Guía con paso tardo;
 Mas al fin llega á verse,
 En medio del verano,
 De doradas espigas
 Como Ceres rodeado.
 A mayores tareas,
 A más graves cuidados,
 Es mayor y más dulce
 El premio y el descanso.
 Tras penosas fatigas
 De labradora mano,
 ¡Con qué gusto recoge
 Los racimos de Baco!
 Ea, jóvenes, ea,
 Seguid, seguid marchando
 Al templo de Minerva
 A recibir el lauro.
 Mas yo sé, caballeros,
 Que un joven, entre tantos,
 Responderá á mis voces:
No puedo, que me canso.
 Descansa enhorabuena;
 ¿Digo yo lo contrario?
 Tan lejos estoy de eso,
 Que en estos versos trato
 De daros un asunto
 Que instruya deleitando.
 Los perros y los lobos,

Los ratones y gatos,
Las zorras y las monas,
Los ciervos y caballos,
Os han de hablar en verso;
Pero con juicio tanto,
Que sus máximas sean
Los consejos más sanos.
Deleitáos en ello,
Y con este descanso
A las serias tareas
Volved más alentados.
Ea, jóvenes, ea,
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva
A recibir el lauro.
Pero... ¡qué! ¿os detienen
El ocio y el regalo?
Pues escuchad á Esopo,
Mis jóvenes amados.



LIBRO PRIMERO

FÁBULA PRIMERA

El Asno y el Cochino.

Envidiando la suerte del cochino,
Un asno maldecía su destino.
—Y así decía, trabajo y como paja;
El come harina y berza y no trabaja:
A mí me dan de palos cada día;
A él le rascan y halagan á porfía.—
Así se lamentaba de su suerte;
Pero luego que advierte
Que á la pocilga alguna gente avanza
En guisa de matanza,
Armada de cuchillo y de caldera,
Y que con maña fiera
Dan al gordo cochino fin sangriento,
Dijo entre sí el jumento:
*Si en esto pára el ocio y los regalos,
Al trabajo me atengo, y á los palos.*

FÁBULA II

La Cigarra y la Hormiga.

Cantando la cigarra
Pasó el verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno.
Los fríos la obligaron
A guardar el silencio
Y acogerse al abrigo
De su estrecho aposento
Vióse desproveído.

Del preciso sustento,
 Sin mosca, sin gusano,
 Sin trigo y sin centeno.
 Habitaba la hormiga
 Allí tabique en medio,
 Y con mil expresiones
 De atención y respeto
 Le dijo:—Doña Hormiga,
 Pues que en vuestros graneros
 Sobran las prcvisiones
 Para vuestro alimento,
 Prestad alguna cosa
 Con que viva este invierno
 Esta triste cigarra,
 Que, alegre en otro tiempo
 Nunca conoció el daño,
 Nunca supo temerlo.
 No dudéis en prestarme,
 Que fielmente prometo
 Pagaros con ganancias,
 Por el nombre que tengo.—
 La codiciosa hormiga
 Respondió con denuedo,
 Ocultando á la espalda
 Las llaves del granero:
 —¡Yo prestar lo que gano
 Con un trabajo inmenso!
 Dime, pues, holgazana:
 ¿Qué has hecho en el buen tiempo?—
 —Yo, dijo la cigarra,
 A todo pasajero
 Cantaba alegremente,
 Sin cesar ni un momento.—
 —¡Hola! ¿Conque cantabas
 Cuando yo andaba al remo?
 Pues ahora que yo como,
 Baila, pese á tu sueno —



FABULA III

El Muchacho y la Fortuna.

A la orilla de un pozo,
Sobre la fresca yerba,
Un incauto mancebo
Dormía á pierna suelta.
Gritóle la Fortuna:
—¡Insensato, despierta!
¿No ves que ahogarte puedes
A poco que te muevas?
Por ti y otros canallas
A veces me motejan,
Los unos de inconstante
Y los otros de adversa.
*¡Reveses de fortuna
Llamáis á las miserias!
¿Por qué, si son reveses
De la conducta necia?*

FÁBULA IV

La Codorniz.

Presas en estrecho lazo
La codorniz sencilla,
Daba quejas al aire,
Ya tarde arrepentida.
—¡Ay de mí, miserable,
Infeliz avecilla,
Que antes cantaba libre
Y ya lloro cautiva!
Perdí mi nido amado,
Perdí en él mis delicias;
Al fin perdílo todo,
Pues que perdí la vida.
¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
Por un grano de trigo.
¡Oh cara golosina!—
*¡El apetito ciego
A cuántos precipita,
Que por lograr un nada
Un todo sacrifican!*

FÁBULA V

El Agulla y el Escarabajo.

—¡Que me matan! ¡Favor!—Así clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de un águila sangrienta.
A las voces (según Esopo cuenta)
Acudió un compasivo escarabajo

Y viendo á la quitada en tal trabajo,
 Por libertarla de tan cruda muerte,
 Lleno de horror exclama de esta suerte:
 —¡Oh reina de las aves escogidal
 ¿Por qué quitas la vida
 Á ese pobre animal, manso y cobarde?
 ¿No sería mejor hacer alarde
 De devorar á dañadoras fieras,



O ya que resistencia hallar no quieras,
 Cebat tus uñas y tu corvo pico
 En el frío cadáver de un borrico?—
 Cuando el escarabajo así decía,
 La águila con desprecio se reía;
 Y sin usar de más atenta frase,
 Mata, trincha, devora, pilla y vase.
 El pequeño animal, así burlado,
 Quiere verse vengado.
 En la ocasión primera
 Vuela al nido del águila altanera:
 Halla solos los huevos, y arrastrando

Uno por uno, fuélos despeñando.
 Mas como nada alcanza
 A dejar satisfecha una venganza,
 Cuantos huevos ponía en adelante,
 Se los hizo tortilla en el instante.
 La reina de las aves, sin consuelo,
 Remontando su vuelo,
 A Júpiter excelso humilde llega,
 Expone su dolor, pidele, ruega
 Remedie tanto mal. El dios, propicio,
 Por un incomparable beneficio,
 En su regazo hizo que pusiese
 El águila sus huevos, y se fuese;
 Que á la vuelta, colmada de consuelos,
 Encontraría hermosos sus polluelos.
 Supo el escarabajo el caso todo:
 Astuto é ingenioso, hace de modo
 Que una bola fabrica diestramente,
 De la materia en que continuamente
 Trabajando se halla,
 Cuyo nombre se sabe, aunque se calla,
 Y que, según yo pienso,
 Para los dioses no es muy buen incienso;
 Carga con ella, vuela, y atrevido
 Pone la bola en el sagrado nido.
 Júpiter, que se vió con tal basura,
 Al punto sacudió su vestidura,
 Haciendo, al arrojar la albondiguilla,
 Con la bola y los huevos su tortilla.
 Del trágico suceso noticiosa,
 Arrepentida el águila y llorosa,
 Aprendió esta lección á mucho precio:
*A nadie se le trate con desprecio
 Como al escarabajo;
 Porque al más miserable, vil y bay¹⁷,
 Para tomar venganza, si se irrita,
 ¿Le faltará siquiera una bolita?*

FABULA VI

El León vencido por el Hombre.

Cierto artífice pintó
 Una lucha en que, valiente,
 Un hombre tan solamente
 A un terrible león venció.
 Otro león que el cuadro vió,
 Sin preguntar por su autor,
 En tono despreciador
 Dijo:—Bien se deja ver
 Que es pintar como querer,
 Y no fué león el pintor.

FABULA VII

La Zorra y el Busto.

Dijo la zorra al busto,
 Después de olerlo:
 —Tu cabeza es hermosa,
 Pero sin seso.—
*Como éste hay muchos,
 Que, aunque parecen hombres,
 Sólo son bustos.*

FABULA VIII

El Ratón de la corte y el del campo

Un ratón cortesano
 Convidó con un modo muy urbano
 A un ratón campesino,
 Dióle gordo tocino,

Queso fresco de Holanda,
 Y una despensa llena de vianda
 Era su alojamiento;
 Pues no pudiera haber un aposento
 Tan magníficamente preparado,
 Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
 Con el mayor esmero,
 Para alojar á *Roepán primero*.



Las paredes y techos adornaban,
 Entre mil ratonescas golosinas,
 Salchichones, pernils y cecinas.
 Saltaban de placer ¡oh qué embeleso!
 De pernil en pernil, de queso en queso.
 En esta situación tan lisonjera,
 Llega la despensera,
 Oyen el ruido, corren, se agazapan,
 Pierden el tino; mas al fin se escapan
 Atropelladamente
 Por cierto pasadizo abierto á diente.
 —¡Esto tenemos! dijo el campesino:

Reniego yo del queso y del tocino,
 Y de quien busca gustos
 Entre los sobresaitos y los sustos.—
 Volvióse á su campiña en el instante,
 Y estimó mucho más, de allí adelante,
 Sin zozobras, temor ni pesadumbres,
 Su casita de tierra y sus legumbres.

FÁBULA IX

El Herrero y el Perro.

Un herrero tenía
 Un perro, que no hacía
 Sino comer, dormir y estar echado.
 De la casa jamás tuvo cuidado;
 Levantábase sólo á mesa puesta:
 Entonces, con gran fiesta,
 Al dueño se acercaba,
 Con perrunas caricias lo halagaba,
 Mostrando de cariño mil excesos
 Por pillar las piltrafas y los huesos.
 —He llegado á notar, le dijo el amo,
 Que, aunque nunca te llamo,
 A la mesa te llegas prontamente:
 En la fragua jamás te vi presente;
 Y yo me maravillo
 De que, no despertándote el martillo,
 Te desveles al ruido de mis dientes.
 Anda, anda, poltrón; no es bien que cuentes
 Que el amo, hecho un gañán y sin reposo,
 Te mantiene á lo Conde muy ocioso.—
 El perro le responde:
 —¿Que más tiene que yo cualquiera Conde?
 Para no trabajar, debo al Destino
 Haber nacido perro, y no pollino.—
 —Pues, señor Conde, fuera de mi casa.

Verás en las demás lo que te pasa.—
 En efecto: salió á probar fortuna
 Y las casas anduvo de una en una
 Allí le hacen servir de centinela,
 Y que pase la noche toda en vela;
 Acá de lazarillo y de danzante;
 Allá dentro de un horno á cada instante
 Asa la carne que comer no espera.
 Al cabo conoció de esta manera
 Que el Destino, y no es cuento,
 A todos nos cargó como al jumento.



FÁBULA X

La Zorra y la Cigüeña.

Una zorra se empeña
 En dar una comida á la cigüeña.
 La convidó con tales expresiones,
 Que anunciaba sin duda provisiones
 De lo más excelente y exquisito.
 Acepta alegre, va con apetito;
 Pero encontró en la mesa solamente
 Jigote claro sobre chata fuente.

En vano á la comida picoteaba.
 Pues era, para el guiso que miraba,
 Inútil tenedor su largo pico.
 La zorra con la lengua y el hocico
 Limpió tan bien su fuente, que pudiera
 Servir de fregatriz si á Holanda fuera.
 Mas de allí á poco tiempo, convidada
 De la cigüeña, halla preparada
 Una redoma de jigote llena:
 Allí fué su aflicción, allí su pena;
 El hocico goloso al punto asoma
 Al cuello de la hidrópica redoma;
 Mas en vano, pues era tan estrecho,
 Cual si por la cigüeña fuese hecho.
 Envidiosa de ver que á conveniencia
 Chupaba la del pico á su presencia,
 Vuelve, tiente, discurre,
 Huele, se desatina, en fin, se aburre.
 Marchó rabo entre piernas tan corrida,
 Que ni aun tuvo siquiera la salida
 De decir: *están verdes*, como antaño.
También hay para pícaros engaño.

FÁBULA XI

Las Moscas.

Á un panal de rica miel
 Dos mil moscas acudieron,
 Que, por golosas, murieron
 Presas de patas en él.
 Otra dentro de un pastel
 Enterró su golosina.

*Así, si bien se examina,
 Los humanos corazones
 Perecen en las prisiones
 Del vicio que los domina.*



FÁBULA XII

El Leopardo y las Monas.

No á pares, á docenas encontraba
Las monas en Tetuán, cuando cazaba,
Un leopardo: apenas lo veían,
A los árboles todas se subían,
Quedando del contrario tan seguras,
Que pudiera decir: «No están maduras.»
El cazador astuto se hace el muerto
Tan vivamente, que parece cierto.
Hasta las viejas monas,
Alegres con el caso, y juguetonas,
Empiezan á saltar: la más osada
Baja, arrimase al muerto de callada;
Mira, huele, y aun tienta,
Y grita muy contenta:
—¡Llegad, que muerto está de todo punto;
Tanto, que empieza á oler el tal difunto!
Bajan todas con bulla y algazara:

Ya le tocan la cara,
 Ya le saltan encima;
 Aquélla se le arrima,
 Y haciendo mimos, á su mano queda;
 Otra se finge muerta y lo remeda.
 Mas luego que las siente fatigadas
 De correr, de saltar y hacer monadas,
 Levántase ligero,
 Y más que nunca fiero,
 Pilla, mata y devora; de manera
 Que parecía la sangrienta fiera,
 Cubriendo con los muertos la campaña,
 Al Cid matando moros en España.

*Es el peor enemigo el que aparenta
 No poder causar daño; porque intenta,
 Inspirando confianza,
 Asegurar su golpe de venganza.*

FÁBULA XIII

El Ciervo en la fuente.

Un ciervo se miraba
 En una hermosa y cristalina fuente;
 Placentero admiraba
 Los enramados cuernos de su frente;
 Pero al ver sus delgadas largas piernas,
 Al alto cielo daba quejas tiernas.
 —¡Oh dioses! ¿A qué intento
 A esta fábrica hermosa de cabeza
 Construís su cimiento
 Sin guardar proporción en la belleza?
 ¡Oh qué pesar! ¡Oh qué dolor profundo
 No haber gloria cumplida en este mundo!—
 Hablando de esta suerte,

El ciervo vió venir á un lebrél fiero,
 Por evitar su muerte,
 Parte al espeso bosque muy ligero;
 Pero el cuerno retarda su salida
 Con una y otra rama entretejida,
 Mas libre del apuro



A duras penas, dijo con espanto:

—Si me veo seguro,

Pese á mis cuernos, fué por correr tanto.

¡Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos;

Haga mis feos pies el cielo eternos!—

El hombre se destumbra con lo hermoso.

Elige lo aparente,

Abrazando tal vez lo más dañoso;

Pero escarmiente ahora en tal cabeza:

El útil bien es la mejor belleza.

FÁBULA XIV

El León y la Zorra.

Un león, en otro tiempo poderoso,
 Ya viejo y achacoso,
 En vano perseguía hambriento y fiero
 Al mamón becerrito y al cordero
 Que, trepando por áspera montaña
 Huían libremente de su saña.
 Afligido del hambre á par de muerte
 Discurrió su remedio de esta suerte:
 Hace correr la voz de que se hallaba
 Enfermo en su palacio, y deseaba
 Ser de los animales visitado.
 Acudieron algunos de contado;
 Mas como el grave mal que le postraba
 Era un hambre voraz, tan sólo usaba
 La receta exquisita
 De engullirse al *Monsieur* de la visita.
 Acércase la zorra de callada,
 Y á la puerta asomada,
 Atisba muy despacio
 La entrada de aquel cóncavo palacio.
 El león la divisa, y al momento
 Le dice:—Ven acá, pues que me siento
 En el último instante de mi vida;
 Visítame como otros, mi querida.—
 —¿Como otros? ¡Ah, señor! he conocido
 Que entraron, sí, pero que no han salido.
 Mirad, mirad la huella.
 Bien claro lo dice ella,
 Y no es bien el entrar do no se sale.—
 La prudencia te cautela mucho vale.

FABULA XV

La Cierva y el Cervato.

A una cierva decía
 Su tierno cervatillo:—Madre mía,
 ¿Es posible que un perro solamente,
 Al bosque te haga huir cobardemente,
 Siendo él mucho menor, menos pujante?
 ¿Por qué no has de ser tú más arrogante?—
 —Todo es cierto, hijo mío:

Y cuando así lo pienso, desafío
 A mis solas á veinte perros juntos;
 Figuróme luchando, y que difuntos
 Dejo á los unos; que otros, falleciendo,
 Pisándose las tripas, van huyendo
 En vano de la muerte,
 Y á todos venzo de gallarda suerte.
 Mas si embebida en este pensamiento
 A un perro ladrar siento,
 Escapo más ligera que un venablo
 Y mi victoria se la lleva el diablo.—

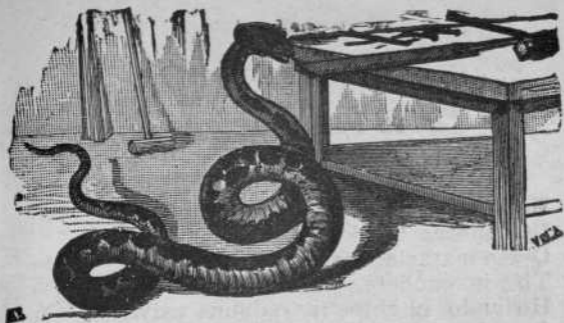
*A quien no sea de ánimo esforzado,
 No armárlo de soldado;
 Pues por más que al mirarse la armadura
 Piense, en tiempo de paz, que su bravour:
 Herirá, matará cuanto acometa,
 En oyendo en campaña la trompeta
 Hará lo que la cierva de la historia,
 Aunque el diablo se lleve la victoria.*

FÁBULA XVI

El Labrador y la Cigüeña.

Un labrador miraba
Con duelo su sembrado,
Porque gansos y grullas
De su trigo solían hacer pasto.
Armó, sin más tardanza,
Diestramente sus lazos,
Y cayeron en ellos
La cigüeña, las grullas y los gansos.
—Señor rústico, dijo
La cigüeña temblando:
Quíteme las prisiones,
Pues no merezco pena de culpados;
La diosa Ceres sabe
Que, lejos de hacer daño,
Limpio de sabandijas
De culebras y víboras los campos.—
—Nada me satisface,
Respondió el hombre airado;
Te hallé con delincuentes,
Con ellos morirás entre mis malos.—

*La inocente cigüeña
Tuvo el fin desgraciado
Que pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos.*



FÁBULA XVII

La Serpiente y la Lima.

En casa de un cerrajero
Entró la serpiente un día,
Y la insensata mordía
En una lima de acero.
Díjole la lima:—El mal,
Necia, será para ti:
¿Cómo has de hacer mella en mí,
Que hago polvos el metal?—

*Quien pretende sin razón
Al más fuerte derribar,
No consigue sino dar
Coces contra el agujón.*

FABULA XVIII

El Calvo y la Mosca.

Picaba impertinente
 En la espaciosa calva de un anciano,
 Una mosca insolente.
 Quiso matarla; levantó la mano,
 Tiró un cachete, pero fuese salva,
 Hiriendo el golpe la redonda calva.
 Con risa desmedida
 La mosca prorrumpió:—Calvo maldito,
 Si quitarme la vida
 Intentaste por un leve delito,
 ¿A qué pena condenas á tu brazo,
 Bárbaro ejecutor de tal porrazo?—
 —Al que obra con malicia,
 Le respondió el varón prudentemente,
 Rigurosa justicia
 Debe dar el castigo conveniente;
 Y es bien ejercitarse la clemencia
 En el que peca por inadvertencia.
 Sabe, mosca villana,
 Que coteja el agravio recibido
 La condición humana,
 Según la mano de donde ha venido.—
*Que el grado de la ofensa á tanto asciende,
 Cuanto sea más vil aquél que ofendè.*



FÁBULA XIX

Los dos Amigos y el Oso.

A dos amigos se aparece un oso:
El uno, muy medroso,
En las ramas de un árbol se asegura:
El otro, abandonado á la ventura,
Se finge muerto repentinamente.
El oso se le acerca lentamente:
Mas como este animal, según se cuenta,
De cadáveres nunca se alimenta,
Sin ofenderlo lo registra y toca,
Huélele las narices y la boca,
No le siente el aliento,
Ni el menor movimiento,

Y así se fué diciendo sin recelo:
 —¡Este tan muerto está como mi abuelo!—
 Entonces el cobarde,
 De su gran amistad haciendo alarde,
 Del árbol se desprende muy ligero
 Corre, llega y abraza al compañero.
 Pondera la fortuna
 De haberle hallado sin lesión alguna;
 Y al fin le dice:—Sabe que he notado
 Que el oso te decía algún recado.
 ¿Qué pudo ser?—Diréte lo que ha sido:
 Estas dos palabritas al oído:
*Aparta tu amistad de la persona
 Que, si te ve en el riesgo, te abandona.*

FABULA XX

El Águila, la Gata y la Jabalina.

Una águila anidó sobre una encina;
 Al pie criaba cierta jabalina;
 Y era un hueco del tronco corpulento,
 De una gata y sus crías aposento.
 Esta gran marrullera
 Sube al nido del águila altanera,
 Y con fingidas lágrimas le dice:
 —¡Ay misera de mí! ¡Ay infelice!
 ¡Este sí que es trabajo!
 La vecina que habita el cuarto bajo,
 Como tú misma ves; el día pasa
 Hozando los cimientos de la casa;
 La arruinará y en viendo la traidora
 Por tierra á nuestros hijos, los devora.—
 Después que dejó al águila asustada,
A la cueva se baja de callada,

Y dice á la cerdosa:—Buena amiga,
 Has de saber que el águila enemiga,
 Cuando saques las crías hacia el monte,
 Las ha de devorar; así, disponte.—
 La gata, aparentando que temía,
 Se retiró á su cuarto, y no salía
 Sino de noche, que con maña astuta
 Abastecía su pequeña gruta.
 La jabalina, con tan triste nueva,
 No salió de su cueva.
 La águila en el ramaje temerosa,
 Haciendo centinela no reposa.
 En fin, á ambas familias la hambre mata,
 Y de ellas hizo viveres la gata.

*Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado!
 Que un chismoso, en amigo disfrazado,
 Con capa de amistad cubre sus trazas,
 Y así causan el mal sus añagazas.*

Á D. JAVIER MARÍA DE MUNIVE É IDIAQUEZ

CONDE DE PEÑAFLOIDA, DIRECTOR PERPETUO DE LA SOCIEDAD

VASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAÍS

Mientras que con la espada en mar y tierra
 Los ilustres varones
 Engrandecen su fama por la guerra
 Sojuzgando naciones,
 Tú, Conde, con la pluma y el arado,
 Ya enriqueces la patria, ya la instruyes;
 Y haciendo venturosos, has ganado
 El bien que buscas y el laurel que huyes,

Con darte todo al bien de los humanos.
 No contento, tu celo
 Supo unir á los nobles ciudadanos
 Para felicidad del patrio suelo.
 La hormiga codiciosa
 Trabaja en sociedad fructuosamente,
 Y la abeja oficiosa
 Labra siempre ayudada de su gente.
 Así unes á los hombres laboriosos,
 Para hacer los trabajos más fructuosos.
 Aquél viaja observando
 Por las naciones cultas
 Cuál cultiva los campos, cuál las ciencias,
 Y de diversos modos,
 Juntando estudios, viajes y experiencias,
 Resulta el bien en que trabajan todos.
 ¡En que trabajan todos! ya lo dije,
 Por más que yo también sea contado.
 El sabio Presidente que nos rige
 Tiene, aun al más inútil, ocupado.
 Dar-me, Conde, querías un destino
 Al contemplarme ocioso é ignorante;
 Era difícil, mas al fin tu tino
 Encontró un genio en mí versificante.
 A *Fedro* y *La Fontaine* por modelos
 Me pusiste á la vista,
 Y hallaron tus desvelos
 Que pudiera ensayarme á fabulista.
 Y pues viene al intento,
 Pasemos al ensayo: va de cuento.



LIBRO SEGUNDO

FÁBULA PRIMERA

El León con su ejército.

El león, rey de los bosques poderoso,
Quiso armar un ejército famoso.
Juntó sus animales al instante;
Empezó por cargar al elefante
Un castillo con útiles, y encima
Rabiosos lobos que pusiesen grima.
Al oso le encargó de los asaltos:
Al mono, con sus gestos y sus saltos,
Mandó que al enemigo entretuviese.
A la zorra que diese
Ingeniosos ardidés al intento.
Uno gritó:—La liebre y el jumento,
Éste por tardo, aquélla por medrosa,
De estorbo servirán, no de otra cosa.
—¿De estorbo? dijo el rey; yo no lo creo:
En la liebre tendremos un correo,
Y en el asno mis tropas un corneta.—
Así quedó la armada bien completa.
*Tu retrato es el león, CONDE prudente;
Y si á tu imitación, según deseo,
Examinan los jefes á su gente,
A todos han de dar útil empleo.
¿Por qué no lo han de hacer? Si hay cucaña,
‘Cómo no hallar ociosos en España?’*



FÁBULA II

La Lechera.

Llevaba en la cabeza
Una lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado
Que va diciendo á todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecía
Inocentes ideas de contento.
Marchaba sola la feliz lechera,
Y decía entre sí de esta manera:
—Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero;
Y con esta partida,

Un canasto de huevos comprar quiero,
 Para sacar cien pollos, que al estío
 Me rodeen cantando el pío-pío.

Del importe logrado
 De tanto pollo, mercaré un cochino:
 Con bellota, salvado,
 Berza y castaña, engordará sin tino,
 Tanto, que pueda ser que yo consiga
 El ver cómo le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado,
 Sacaré de él sin duda buen dinero;
 Compraré de contado
 Una robusta vaca y un ternero,
 Que salte y corra toda la campaña,
 Desde el monte cercano á la cabaña.—

Con este pensamiento
 Enajenada, brinca de manera
 Que á su salto violento
 El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
 ¡Qué compasión! ¡Adiós leche, dinero,
 Huevos, pollo, lechón, vaca y ternero!

¡Oh loca fantasía,
 Que palacios fabricas en el viento!
 Modera tu alegría
 No sea que, saltando de contento
 Al contemplar dichosa tu mudanza,
 Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
 De mejor ó más próspera fortuna.
 Que vivirás ansiosa
 Sin que pueda saciarte cosa alguna.

*No anheles impaciente el fin futuro;
 Mira que ni el presente está seguro.*

FÁBULA III

El Asno sesudo.

Cierto burro pacía
En la fresca y hermosa pradería,
Con tanta paz como si aquella tierra
No fuese entonces teatro de la guerra.
Su dueño, que con miedo lo guardaba,
De centinela en la ribera estaba.
Divisa al enemigo en la llanura;
Baja, y al buen pollino le conjura
Que huya precipitado:
El asno, muy sesudo y reposado,
Empieza á andar á paso perezoso;
Impaciente su dueño, temeroso
Con el marcial ruído
De bélicas trompetas al oído,
Le exhorta con fervor á la carrera.
—¡Yo correr! dijo el asno: ¡bueno fuera!
Que llegue enhorabuena Marte fiero:
Me rindo, y él me lleva prisionero:
Servir aquí ó allí, ¿no es todo uno?
¿Me pondrán dos albardas? No, ninguno;
Pues nada pierdo, nada me acobarda;
Siempre seré un esclavo con albarda.—
No estuvo más en sí, ni más entero
Que el buen pollino, Amíclas, el barquero,
Cuando en su humilde choza le despierta
César con sus soldados á la puerta,
Para que á la Calabria los guiase.
¿Se podría encontrar quien no temblase,
Entre los poderosos,
De insultos militares horrorosos
De la guerra enemiga?
No hay sino la pobreza que consiga
Esta grande exención; de aquí le viene:
Nada teme perder quien nada tiene.



FABULA IV

El Zagal y las Ovejas.

Apacentando un joven su ganado,
Gritó desde la cima de un collado:
—¡Favor, que viene el lobo, labradores!
Estos, abandonando sus labores,
Acuden prontamente,
Y hallan que es una chanza solamente:
Vuelve á llamar, y temen la desgracia.
Segunda vez los burla: ¡linda gracia!
Pero ¿qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera.
Entonces el zagal se desgañita;
Y por más que pateo, llora y grita,
No se mueve la gente escarmentada,
Y el lobo le devora la manada.

*¡Cuántas veces resulta de un engaño
Contra el engañador el mayor daño!*

FABULA V

El Aguila, la Corneja y la Tortuga.

Á una tortuga una águila arrebató:
 La ladrona se apura y desbarata
 Por hacerla pedazos,
 Ya que no con la garra, á picotazos.
 Viéndola una corneja en tal faena
 Le dice:—En vano tomas tanta pena.
 ¿No ves que es la tortuga, cuya casa,
 Diente, cuerno, ni pico la traspasa,
 Y si siente que llaman á su puerta,
 Se finge la dormida, sorda ó muerta? —
 —¿Pues qué he de hacer?—Remontarás tu vuelo,
 Y en mirándote allá, cerca del cielo,
 La dejarás caer sobre un peñasco,
 Y se hará una tortilla el duro casco.—
 La águila, porque diestra lo ejecuta,
 Y la corneja astuta
 Por autora de aquella maravilla,
 Juntamente comieron la tortilla.

*¿Qué podrá resistirse á un poderoso
 Guiado de un consejo malicioso?
 De estos tales se aparta el que es prudente.
 Y así, por escaparse de esta gente,
 Los descendientes de la tal tortuga
 A cuevas ignoradas hacen fuga.*

FÁBULA VI

El Lobo y la Cigüeña.

Sin duda alguna que se hubiera ahogado
 Un lobo con un hueso atragantado,
 Si á la sazón no pasa una cigüeña.

El paciente la ve, hácela seña,
 Llega, y ejecutiva,
 Con su pico, jeringa primitiva,
 Cual diestro cirujano,
 Hizo la operación, y quedó sano.
 Su salario pedía,
 Pero el ingrato lobo respondía:
 —¿Tu salario? ¿Pues qué más recompensa
 Que el no haberte causado leve ofensa
 Y dejarte vivir, para que cuentes
 Que pusiste tu vida entre mis dientes?—
 Marchó, para evitar una desdicha,
 Sin decir *tus* ni *mus*, la susodicha.
Haz bien, dice el proverbio castellano,
Y no sepas á quién; pero es muy llano
 Que no tiene razón ni por asomo:
 Es menester saber á quién, y cómo.
 El ejemplo siguiente
 Te lo demostrará más evidente.

FÁBULA VII

El Hombre y la Culebra.

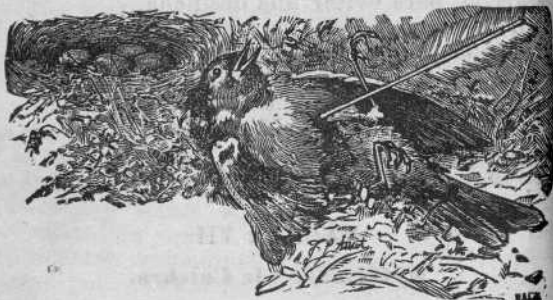
A una culebra que de frío yerta
 En el suelo yacía medio muerta,
 Un labrador cogió; mas fué tan bueno,
 Que incautamente la abrigó en su seno.
 Apenas revivió, cuando la ingrata
 A su gran bienhechor traidora mata.

FÁBULA VIII

El Pájaro herido de una flecha.

Un pájaro inocente,
 Herido de una flecha
 Guarnecida de acero

Y de plumas ligeras,
 Decía en su lenguaje
 Con amargas querellas:
 —¡Oh crueles humanos,
 Más crueles que fieras!
 Con nuestras propias alas,
 Que la Naturaleza
 Nos dió, sin otras armas
 Para propia defensa,



Forjáis el instrumento
 De la desdicha nuestra,
 Haciendo que inocentes
 Prestemos la materia.
 Pero no: no es extraño
 Que así bárbaros sean:
 Aquellos que en su ruina
 Trabajan y no cesan;
 Los unos y otros fraguan
 Armas para las guerras;
 Y es dar contra sus vidas
 Plumas para las flechas.

FÁBULA IX

El Pescador y el Pez.

Recoge un pescador su red tendida
 Y saca un pececillo.—Por tu vida,
 Exclamó el inocente prisionero,
 Dame la libertad; sólo la quiero,
 Mira que no te engaño,
 Porque ahora soy ruin, dentro de un año
 Sin duda lograrás el gran consuelo
 De pescarme más grande que mi abuelo.
 ¡Qué! Te burlas? ¿Te ríes de mi llanto?
 Sólo por otro tanto
 A un hermanito mío
 Un señor pescador lo tiró al río.—
 —¿Por otro tanto al río? ¡Qué manía!
 Replicó el pescador; ¿pues no sabía
 Que el refrán castellano
 Dice: *más vale pájaro en la mano?...*
 A sartén te condeno, que mi panza
 No se llena jamás con la esperanza.

FABULA X

El Gorrion y la Liebre.

Un maldito gorrion así decía
 A una liebre que una águila oprimía:
 —¿No eres tú tan ligera
 Que si el perro te sigue en la carrera,
 Lo acarician y halagan, como al cabo
 Acerque sus narices á tu rabo?
 Pues empieza á correr: ¿qué te detiene?—

De este modo la insulta, cuando viene
 El diestro gavilán, y lo arrebatá.
 El preso chilla, el prendedor lo mata
 Y la liebre exclamó:—¡Bien merecido!
 ¿Quién te mandó insultar al afligido,
 Y á más á más meterte á consejero,
 No sabiendo mirar por ti primero?

FÁBULA XI

Júpiter y la Tortuga.

A las bodas de Júpiter estaban
 Todos los animales convidados:
 Unos y otros llegaban
 A la fiesta nupcial apresurados.
 No faltaba á tan grande concurrencia
 Ni aun la reptil ni más lejana oruga,
 Cuando llega muy tarde y con paciencia,
 A paso perezoso, la tortuga.
 Su tardanza reprende el dios airado,
 Y ella le respondió sencillamente:
 —Si es mi casita mi retiro amado,
 ¿Cómo podré dejarla prontamente?—
 Por tal disculpa, Júpiter Tonante,
 Olvidando el indulto de la fiesta,
 La ley del caracol le echó al instante,
 Que es andar con la casa siempre á cuestras.

*Gentes machuchas hay que hacen alarde
 De que aman su retiro con exceso,
 Pero á su obligación acuden tarde;
 Viven como el ratón dentro del queso.*

FÁBULA XII

El Charlatán.

—Si cualquiera de ustedes
 Se da por las paredes,
 O arroja de un tejado,
 Y queda, á buen librar, descostillado,
 Yo me reiré muy bien; importa un pito
 Como tenga mi bálsamo exquisito.—
 Con esta relación un chacharero
 Gana mucha opinión y más dinero;
 Pues el vulgo, pendiente de sus labios,
 Más quiere á un charlatán que á veinte sabios:
 Por esa conveniencia
 Los hay el día de hoy en toda ciencia
 Que ocupan, igualmente acreditados,
 Cátedras, academias y tablados.
 Prueba de esta verdad será un famoso
 Doctor en elocuencia, tan copioso
 En charlatanería,
 Que ofreció enseñaría
 A hablar discreto, con profundo pico,
 En diez años de término, á un borrico.
 Sábelo el rey; lo llama, y al momento
 Le manda dé lecciones á un jumento;
 Pero bien entendido
 Que sería, cumpliendo lo ofrecido,
 Ricamente premiado;
 Mas cuando no, que moriría ahorcado.
 El doctor asegura nuevamente
 Sacar un orador asno elocuente.
 Dícele callandito un cortesano:
 —Escuche, buen hermano,
 Su frescura me **ardanta**;

A cáñamo me huele su garganta.—
 —No temáis, señor mío,
 Respondió el charlatán, pues yo me río:
 En diez años de plazo que tenemos,
 El rey, el asno ó yo, ¿no moriremos?

*Nadie encuentra embarazo
 En dar un largo plazo
 A importantes negocios; mas no advierte
 Que ajusta mal la cuenta sin la muerte.*



FÁBULA XIII

El Milano y las Palomas.

A las tristes palomas un milano,
 Sin poderlas pillar, seguía en vano;
 Mas él á todas horas
 Servía de lacayo á estas señoras.
 Un día, en fin, hambriento é ingenioso
 Así dice:—¿Amáis vuestro reposo
 Vuestra seguridad y conveniencia?
 Pues creedme en mi conciencia:

En lugar de ser yo vuestro enemigo,
 Desde ahora me obligo,
 Si la banda por rey me aclama luego,
 A tenerla en sosiego,
 Sin que de garra ó pico tema agravio,
 Pues, tocante á la paz, seré un Octavio.—
 Las sencillas palomas consintieron;
 Aclámanle por rey. ¡Viva, dijeron,
 Nuestro rey el milano!
 Sin esperar á más, este tirano
 Sobre un vasallo mísero se planta:
 Déjalo con el *viva* en la garganta.
 Y continuando así sus tiranías,
 Acabó con el reino en cuatro días.

*Quien al poder se acoge de un malvado,
 Será, en vez de feliz, un desdichado.*

FABULA XIV

Las dos Ranas.

Tenían dos ranas
 Sus pastos vecinos,
 Una en un estanque,
 Otra en un camino.
 Cierta día á ésta
 Aquélla le dijo:
 —¿Es creíble, amiga,
 De tu mucho juicio,
 Que vivas contenta
 Entre los peligros
 Donde te amenazan
 Al paso preciso
 Los pies y las ruedas
 Riesgos infinitos?

Deja tal vivienda,
 Muda de destino;
 Sigue mi dictamen
 Y vente conmigo.—
 En tono de mofa,
 Haciendo mil mimos,
 Respondió á su amiga:
 —¡Excelente aviso!



¡A mí novedades!
 ¡Vaya qué delirio!
 ¡Eso sí que fuera
 Darme el diablo ruido!
 ¡Yo dejar la casa
 Que fué domicilio
 De padres, abuelos,
 Y todos los míos,
 Sin que haya memoria
 De haber sucedido
 La menor desgracia
 Desde luengos siglos!—

—Allá te compongas;
 Mas ten entendido
 Que tal vez suceda
 Lo que no se ha visto.—
 Llegó una carreta
 A este tiempo mismo,
 Y á la triste rana
 Tortilla la hizo.

*Por hombres de seso
 Muchos hay tenidos,
 Que á nuevas razones
 Cierran los oídos.
 Recibir consejos
 Es un desvario.
 La rancia costumbre
 Suele ser su libro.*

FÁBULA XV

El parto de los montes.

Con varios ademanes horrorosos,
 Los montes de parir dieron señales;
 Consintieron los hombres temerosos
 Ver nacer los abortos más fatales.
 Después que con bramidos espantosos
 Infundieron pavor á los mortales,
 Estos montes que al mundo estremecieron
 Un ratoncillo fué lo que parieron.

*Hay autores que en voces misteriosas,
 Estilo fanfarrón y campanudo,
 Nos anuncian ideas portentosas;
 Pero suele á menudo
 Ser el gran parto de su pensamiento
 Después de tanto ruido, sólo oíento.*

FABULA XVI

Las Ranas pidiendo Rey.

Sin rey vivía libre, independiente,
 El pueblo de las ranas felizmente.
 La amable libertad sola reinaba
 En la inmensa laguna que habitaba;
 Mas las ranas al fin un rey quisieron,
 Y á Júpiter excelso lo pidieron.
 Conoce el dios la súplica importuna,
 Y arroja un rey de palo á la laguna.
 Debió de ser sin duda gran pedazo,
 Pues dió su majestad tan gran porrazo,
 Que el ruido atemoriza al reino todo;
 Cada cual se zambulle en agua ó lodo,
 Y quedan en silencio tan profundo,
 Cual si no hubiese ranas en el mundo.
 Una de ellas asoma la cabeza,
 Y viendo á la real pieza,
 Publica que el monarca es un zoquete.
 Congrégase la turba, y por juguete
 Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
 Y piden otro rey, que aquél no es bueno.
 El padre de los dioses, irritado,
 Envía un culebrón, que á diente airado
 Muerde, traga y castiga,
 Y á la misera grey al punto obliga
 A recurrir al dios humildemente.
 —Padeded, les responde, eternamente,
 Que así castigo á aquel que no examina
 Si su solicitud será su ruina.

FÁBULA XVII

El Asno y el Caballo.

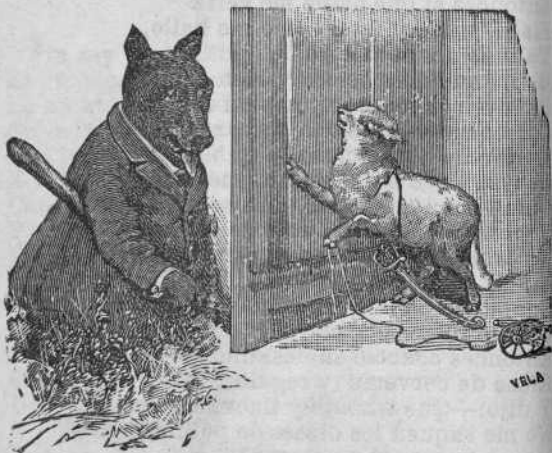
—¡Ay! ¡Quién fuese caballo!
 Un asno melancólico decía;
 Entonces sí que nadie me vería
 Flaco, triste y fatal como me hallo.
 Tal vez un caballero
 Me mantendría ocioso y bien comido,
 Dándose su merced por bien servido
 Con corvetas y saltos de carnero.
 Trátanme ahora como vil y bajo;
 De risa sirve mi contraria suerte;
 Quien me apalea más, más se divierte,
 Y menos cómo, cuando más trabajo.
 No es posible encontrar sobre la tierra
 Infeliz como yo.—Tal se juzgaba,
 Cuando al caballo ve cómo pasaba
 Con su jinete y armas á la guerra.
 Entonces conoció su desatino;
 Rióse de corvetas y regalos,
 Y dijo:--Que trabaje y lluevan palos;
 No me saquen los dioses de pollino.

FÁBULA XVIII

El Cordero y el Lobo.

Uno de los corderos mamantones
 Que para los glotones
 Se crían sin salir jamás al prado,
 Estando en la cabaña muy cerrado,
 Vió por una rendija de la puerta
 Que un caballero lobo estaba alerta,

En silencio, esperando astutamente
 Una calva ocasión de echarle el diente;
 Mas él, que bien seguro se miraba,
 Así le provocaba:
 —Sepa usted, señor lobo, que estoy preso
 Porque sabe el pastor que soy travieso;



Mas si él no fuese bobo,
 No habría ya en el mundo ningún lobo;
 Pues yo, corriendo libre por los cerros
 Sin pastores ni perros,
 Con sólo mi pujanza y valentía
 Contigo y con tu raza acabaría.—
 —¡Adiós, exclamó el lobo, mi esperanza
 De regalar á mi vacía panza!
 Cuando este miserable me provoca,
 Es señal de que se halla de mi boca

Tan libre como el cielo de ladrones,
*Así son los cobardes fanfarrones,
 Que se hacen en los puestos ventajosos
 Más valentones cuanto más medrosos.*

FABULA XIX

Las Cabras y los Chivos.

Desde antaño en el mundo
 Reina el vano deseo
 De parecer iguales
 A los grandes señores, los plebeyos.
 Las cabras alcanzaron
 Que Júpiter excelso
 Les diese barba larga
 Para su autoridad y su respeto.
 Indignados los chivos
 De que su privilegio
 Se extendiese á las cabras,
 Lampiñas con razón en aquel tiempo,
 Sucedió la discordia
 Y los amargos celos
 A la paz octaviana
 Con que fué gobernado el barbón pueblo.
 Júpiter dijo entonces,
 Acudiendo al remedio:
 —¿Qué importa que las cabras
 Disfruten un adorno propio vuestro,
 Si es mayor ignominia
 De su vano deseo,
 Siempre que no igualaren
 En fuerzas y valor á vuestro cuerpo?

*El mérito aparente
 Es digno de desprecio;
 La virtud solamente
 Es del hombre el ornato verdadero.*



FABULA XX

El Caballo y el Ciervo.

Persegüía un caballo vengativo
A un ciervo que le hizo leve ofensa;
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.

El vengador, perdida la esperanza
De alcanzarlo y lograr así su intento,
Al hombre le pidió su valimiento
Para tomar del ofensor venganza.

Consiente el hombre, y el caballo airado
Sale con su jinete á la campaña;
Corre con dirección, sigue con maña,
Y queda al fin del ofensor vengado.

• Muéstrase al bienhechor agradecido:
Quiere marcharse libre de su peso;
Mas desde entonces mismo quedó preso
Y eternamente al hombre sometido.

• *El caballo, que suelto y rosagante*

*En el frondoso bosque y prado ameno
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujeción desde este instante.*

*Oprimido del yugo, ara la tierra;
Pasa tal vez la vida más amarga;
Sufre la silla, freno, espuela, carga,
Y aguanta los horrores de la guerra.*

*En fin, perdió la libertad amable
Por vengar una ofensa solamente.
Tales los frutos son que ciertamente
Produce la venganza detestable.*

Á DON TOMÁS DE IRIARTE

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero más arte
Que poner á los tuyos por modelo,
Con tu numen, que el sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira,
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y Poesía juntamente.
Esto no puede ser: ordena Apolo
Que digno sólo tú, la pulses solo.
¿Y por qué sólo tú? Pues cuando menos,
¿No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases
Y desde allí cantases:
Risco tramonto de época altanera,
GÓNGORA que te siga, te dijera;
Pero si vas marchando por el llano.
Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales,

Y todas ellas tales,
 Que aun aquel que no entiende **poesía**
 Dice: *eso yo también me lo diría,*
 ¿Por qué no he de imitarte, y aun acaso
 Antes que tú trepar por el Parnaso?
 No imploras las Sirenas ni las Musas,
 Ni de Númenes usas,
 Ni aun siquiera confías en Apolo:
 A la naturaleza imploras sólo,
 Y ella, sabia, te dicta sus verdades.
 Yo te imito: no invoco á las deidades;
 Y, por mejor consejo,
 Sea mi sacro numen cierto viejo:
 Esopo, digo: dictame machucho
 Una de tus patrañas, que te escucho.



LIBRO TERCERO

FABULA PRIMERA

El Agulla y el Cuervo.

Un Aguila rapante,
Con vista perspicaz, rápido vuelo
Descendiendo veloz de junto al cielo,
Arrebató un cordero en un instante.
Quiere un cuervo imitarla; de un carnero
En el vellón sus uñas hacen presa;
Queda enredado entre la lana espesa,
Como pájaro en liga prisionero;
Hacen de él los pastores vil juguete,
Para castigo de su intento necio.
Bien merece la burla y el desprecio
El cuervo que á ser águila se mete.

El viejo me ha dictado esta patraña,
Y astutamente así me desengaña.
Esa facilidad, esa destreza
Con que arrebató el águila su pieza,
Fué la que engañó al cuervo, pues creía
Que otro tanto á lo menos él haría.
Mas ¿qué logró? Servirme de escarmiento.

*¡Ojalá que sirviese á más de ciento,
Poetas de mal gusto inficionados,
Y dijesen, cual yo, desengañados:
El águila eres tú, divino Iriarte,
Yo no pretendo más sino admirarte.
Sea tuyo el laurel, tuya la gloria,
Y no sea yo el cuervo de la historia!*

FÁBULA II

Los Animales con peste.

En los montes, los valles y collados
 De animales poblados,
 Se introdujo la peste de tal modo,
 Que en un momento lo inficiona todo.
 Allí donde su corte el león tenía,
 Mirando cada día
 Las cacerías, luchas y carreras
 De mansos brutos y de bestias fieras,
 Se veían los campos ya cubiertos
 De enfermos miserables, y de muertos.
 —Mis amados hermanos,
 Exclamó el triste rey; mis cortesanos,
 Ya veis que el justo cielo nos obliga
 A implorar su piedad, pues nos castiga
 Con tan horrenda plaga:
 Tal vez se aplacará con que se le haga
 Sacrificio de aquél más delincuente,
 Y muera el pecador, no el inocente.
 Confiese todo el mundo su pecado:
 Yo, cruel, sanguinario, he devorado
 Inocentes corderos,
 Ya vacas, ya terneros,
 Y he sido, á fuerza de delito tanto,
 De la selva terror, del bosque espanto.—

—Señor, dijo la zorra: en todo eso
 No se halla más exceso
 Que el de vuestra bondad, pues que se digna
 De teñir en la sangre ruin, indigna,
 De los viles cornudos animales,
 Los sacros dientes y las uñas reales.—

Trató la corte al león de escrupuloso;

Allí del tigre, de la onza y oso

Se oyeron confesiones

De robos y de muertes á millones:

Mas entre la grandeza, sin lisonja,

Pasaron por escrúpulos de monja.

El asno, sin embargo, muy confuso,

Prorrumpió:—Yo me acuso,

Que, al pasar por un trigo este verano,

Yo hambriento, él lozano,

Sin guarda ni testigo,

Caí en la tentación: comí del trigo.—

—¡Del trigo! ¡Y un jumento!

Gritó la zorra:—¡horrible atrevimiento!—

Los cortesanos claman: —¡Éste, éste

Irrita al cielo que nos da la peste!—

Pronuncia el rey de muerte la sentencia,

Y ejecutóla el lobo á su presencia.

Te juzgarán virtuoso

Si eres, aunque perverso, poderoso;

Y aunque bueno, por malo detestable

Cuando te miran pobre y miserable.

Esto hallará en la corte quien lo vea,

Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astreal



FABULA III

El Milano enfermo.

Un milano, después de haber vivido
Con la conciencia peor que un forajido,
Enfermó gravemente.
Supuesto que el paciente
Ni á Galeno ni á Hipócrates leía,
A bulto conoció que se moría.
A dioses desea ver propicios,
Y ofrecerles entonces sacrificios
Por medio de su madre, que, afligida,
Rogaría sin duda por su vida.
Mas ésta le responde:—¡Desdichado!
¿Cómo podré alcanzar para un malvado
De los dioses clemencia,
Si, en vez de darles culto y reverencia,
Ni aun perdonaste á víctima sagrada
En las aras divinas inmolada?

*Así queremos, irritando al cielo,
Que en la tribulación nos dé consuelo.*

FÁBULA IV

El León envejecido.

Al miserable estado
 De una cercana muerte reducido,
 Estaba ya postrado
 Un viejo león, del tiempo consumido,
 Tanto más infeliz y lastimoso
 Cuanto había vivido más dichoso.
 Los que, cuando valiente,
 Humildes le rendían vasallaje,
 Al verlo decadente,
 Acuden á tratarlo con ultraje;
 Que, como la experiencia nos enseña,
 De árbol caído todos hacen leña.

Cebados á porfía
 Lo sitiaban sangrientos y feroces;
 El lobo le mordía,
 Tirábale el caballo fuertes coces,
 Luego le daba el toro una cornada,
 Después el jabalí su dentellada.

Sufrió constantemente
 Estos insultos; pero reparando
 Que hasta el asno insolente
 Iba á ultrajarle, falleció clamando:
 —Esto es doble morir: no hay sufrimiento,
 Porque muero injuriado de un jumento.—

*Si en su mudable vida
 Al hombre la fortuna ha derribado
 Con misera caída
 Desde donde lo había ella encumbrado.
 ¿Qué ventura en el mundo se promete,
 Si aun de los viles llega á ser juguete?*



FÁBULA V

La Zorra y la Gallina.

Una zorra cazando
De corral en corral iba saltando.
A favor de la noche, en una aldea,
Oye al gallo cantar: ¡maldito sea!
Agachada y sin ruido,
A merced del olfato y del oído,
Marcha, llega, y oliendo un agujero,
—Este es—dice; y se cuela al gallinero.
Las aves se alborotan, menos una
Que estaba en cesta, como niño en cuna,
Enferma gravemente.
Mirándola la zorra astutamente,
Le pregunta:—¿Qué es esto, pobrecita?
¿Cuál es tu enfermedad? ¿Tienes pepita?
Habla. > ¿Cómo lo pasas, desdichada?—
La enferma le responde apresurada:

—Muy mal me va, señora, en este instante;
Muy bien si usted se quita de delante. —

*¡Cuántas veces se vende un enemigo,
Como gato por liebre, por amigo!
Al oír su fingido cumplimiento
Respondiérale yo, para escarmiento:
Muy mal me va, señor, en este instante;
Muy bien si usted se quita de delante.*

FÁBULA VI

La Cierva y el León.

Más ligera que el viento,
Precipitada huía
Una inocente cierva
De un cazador seguida.
En una oscura gruta,
Entre espesas encinas,
Atropelladamente
Entró la fugitiva.
Mas ¡ay! que un león sañudo,
Que allí mismo tenía
Su albergue, y era susto
De la selva vecina,
Cogiendo entre sus garras
A la res fugitiva,
Dió con cruel fiereza
Fin sangriento á su vida.

*Si al evitar los riesgos
La razón no nos guía,
Por huir de un tropiezo
Damos mortal caída.*

FABULA VII

El León enamorado.

Amaba un león á una zagala hermosa;
 Pidióla por esposa
 A su padre, pastor, urbanamente.
 El hombre, temeroso, mas prudente,
 Le respondió:—Señor, en mi conciencia
 Que la muchacha logra conveniencia;
 Pero la pobrecita, acostumbrada
 A no salir del prado y la majada,
 Entre la mansa oveja y el cordero,
 Recelará tal vez que seas fiero.
 No obstante, bien podremos, si consientes,
 Cortar tus uñas y limar tus dientes,
 Y así verá que tiene tu grandeza
 Cosas de majestad, no de fiereza.—
 Consiente el manso león enamorado,
 Y el buen hombre lo deja desarmado.
 Da luego su silbido;
 Llegan el *Matalobos* y *Atrevido*,
 Perros de su cabaña: de esta suerte
 Al indefenso león dieron la muerte.

*Un cuarto apostaré á que en este instante
 Dice, hablando del león algún amante,
 Que de la misma muerte haría gala
 Con tal que se le diese la zagala.
 Deja, Fabio, el amor, déjalo luego;
 Mas hablo en vano, porque siempre ciego,
 No ves el desengaño,
 Y así te entregas á tu propio daño.*



FÁBULA VIII

El Congreso de los Ratones.

Desde el gran Zapirón, el blanco y rubio,
Que después de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato,
Há sido Miauragato

Quien más sangrientamente
Persiguió á la infeliz ratona gente:

Lo cierto es que, obligada
De su persecución, la desdichada

En Ratópolis tuvo su congreso.

Propuso el elocuente Roequeso
Echarle un cascabel, y de esta suerte

Al ruido escaparían de la muerte.

El proyecto aprobaron uno á uno.

¿Quién lo ha de ejecutar? Eso ninguno.

—Yo soy corto de vista.—Yo muy viejo.—

—Yo gotoso,—decían, El consejo

Se acabó como muchos en el mundo.

*Proponen un proyecto sin segundo.
Lo aprueban. Hacen otro. ¡Qué portentoso!
¿Pero la ejecución? Ahí está el cuento.*

FÁBULA IX

El Lobo y la Oveja.

Cruzando montes y trepando cerros,
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.

Mordido y arrastrado

Fué de sus enemigos cruelmente:

Quedó con vida milagrosamente,

Mas inválido al fin, y derrotado.

Iba el tiempo curando su dolencia;

El hambre al mismo paso le afligía;

Pero como cazar aún no podía,

Con las hierbas hacía penitencia.

Una oveja pasaba, y él le dice:

—Amiga, ven acá, llega al momento;

Enfermo estoy, y muero de sediento,

Socorre con el agua á este infelice.—

—¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?—

Le responde la oveja recelosa;—

Dime, pues, una cosa:

¿Sin duda será para enjuagarte,

Limpiar bien el gargüero,

Abrir el apetito

Y tragarme después como á un pollito?

Anda, que te conozco, marrullero.—

Así dijo, y se fué; si no, la mata.

¡Cuánto importa saber con quién se trata!

FABULA X

El Hombre y la Pulga.

—Oye, Júpiter sumo, mis querellas,
 Y haz, disparando rayos y centellas,
 Que muera este animal vil y tirano,
 Plaga fatal para el linaje humano;
 Y si vos no lo hacéis, Hércules sea
 Quien acabe con él y su ralea.—

Este es un hombre que á los dioses clama
 Porque una pulga le picó en la cama;
 Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
 Que de Júpiter y Hércules consiga,
 De éste, que viva despulgando sayos:
 De aquél, matando pulgas con sus rayos.

*Tenemos en el cielo los mortales
 Recurso en las desdichas y los males;
 Mas se suele abusar frecuentemente
 Por lograr un antojo impertinente.*



FABULA XI

El Cuervo y la Serpiente.

Pilló el cuervo dormida á la serpiente,
Y al quererla cebar en ella hambriento,
Le mordió venenosa. *Sepa el cuento*
Quien sigue su apetito incautamente.

FABULA XII

El Asno y las Ranas.

Muy cargado de leña un burro viejo,
Triste armazón de huesos y pellejo,
Pensativo, según lo cabizbajo,
Caminaba, llevando con trabajo
Su débil fuerza la pesada carga.
El paso tardo, la carrera larga,
Todo al fin contra el misero se empeña;
El camino, los años y la leña.
Entra en una laguna el desdichado,
Queda profundamente empantanado,
Viéndose de aquel modo

Cubierto de agua y lodo,
 Trocando lo sufrido en impaciente,
 Contra el destino dijo neciamente
 Expresiones ajenas de sus canas.
 Mas las vecinas ranas,
 Al oír sus lamentos y quejidos,
 Las unas se tapaban los oídos,
 Las otras, que prudentes le escuchaban,
 Reprendíanle así, y aconsejaban:
 —Aprenda el mal jumento
 A tener sufrimiento,
 Que entre las que habitamos la laguna
 Ha de encontrar lección muy oportuna.
 Por Júpiter estamos condenadas
 A vivir sin remedio encenagadas
 En agua detenida, lodo espeso;
 Y á más de todo eso,
 Aquí perpetuamente nos encierra,
 Sin esperanza de correr la tierra,
 Cruzar el anchuroso mar profundo
 Ni aun saber lo que pasa por el mundo.
 Mas llevamos á bien nuestro destino,
 Y así nos premia Júpiter divino,
 Repartiendo entre todas cada día,
 La salud, el sustento y la alegría.—

*Es de suma importancia
 Tener en los trabajos tolerancia;
 Pues la impaciencia en la contraria suerte,
 Es un mal más amargo que la muerte.*

FABULA XIII

El Asno y el Perro.

Un perro y un borrico caminaban
Sirviendo al mismo dueño.

Rendido éste del sueño,

Se tendió sobre el prado que pisaban.

El borrico, entretanto, aprovechado,
Descansa y pace; mas el perro, hambriento,
—Rájate, le decía, buen jumento,
Pillaré de la alforja algún bocado.—

El asno se le aparta como en chanza:

El perro sigue al lado del borrico,
Levantando las manos y el hocico,
Como perro de ciego cuando danza.

—No seas bobo, el asno le decía;
Espera á que nuestro amo se despierte,
Y será de esta suerte

El hambre más, mejor la compañía.—

Desde el bosque entretanto sale un lobo;

Pide el asno favor al compañero;

En lugar de ladrar el marrullero,

Con figa respondió:—No seas bobo,
Espera á que nuestro amo se despierte,
Que pues me aconsejaste la paciencia,
Yo la sabré tener en mi conciencia

Al ver al lobo que te da la muerte.—

*El pollino murió, no hay que dudarlo
Mas, si resucitara,
Corriendo el mundo, á todos predicara:
Prestad auxilio, si queréis hallarlo.*



FABULA XIV

El León y el Asno cazando.

Su majestad leonesa, en compañía
De un borrico, se sale á montería.
En la parte al intento acomodada,
Formando el mismo león una enramada,
Mandó al asno que en ella se ocultase,
Y que de tiempo en tiempo rebuznase,
Como trompa de caza en el ojeo.
Logró el rey su deseo,
Pues apenas se vió bien apostado,
Cuando al són del rebuzno destemplado,
Que los montes y valles repetían,
A su selvoso albergue se volvían
Precipitadamente
Las fieras enemigas juntamente,
Y, en su cobarde huida,
En las garras del león pierden la vida

Cuando el asno se halló con los despojos
 De devoradas fieras á sus ojos,
 Dijo:—¡Pardiez! Si llego más temprano
 A ningún muerto dejó hueso sano.—
 A tal fanfarronada,
 Soltó el rey una grande carcajada.
*Y es que jamás convino
 Hacer del andaluz al vizcatno.*

FÁBULA XV

El Charlatán y el Rústico.

—Lo que jamás se ha visto ni se ha oído
 Verán ustedes: atención les pido.—
 Así decía un charlatán famoso,
 Cercado de un concurso numeroso.
 En efecto: quedando todo el mundo
 En silencio profundo,
 Remedó á un cochinito de tal modo,
 Que el auditorio todo,
 Creyendo que lo tiene y que lo tapa,
 Atumultuado grita:—¡Fuera capa!—
 Descubrióse: y al ver que nada había,
 Con vitores lo aclaman á porfía.
 —¡Pardiez! dijo un patán, que yo prometo
 Para mañana, hablando con respeto,
 Hacer el puerco más perfectamente;
 Si no, que me lo claven en la frente.—
 Con risa prometió la concurrencia
 A burlarse del payo, su asistencia.
 Llegó la hora, todos acudieron;
 No bien al charlatán gruñir oyeron,
 Gentes á su favor preocupadas,
 —¡Viva! dicen al són de las palmadas;

Sube después el rústico al tablado

Con un bulto en la capa, y embozado.

Imita al charlatán en la postura

De fingir que un lechón tapar procura;

Mas estaba la gracia en que era el bulto

Un marranillo que tenía oculto.

Tírale callandito de una oreja:

Gruñendo en tiple, el animal se queja;

Pero al creer que es remedo el tal gruñido,

Aquí se oía un —¡fuera!— allí un silbido,

Y todo el mundo queda

En que es el otro el que mejor remeda.

El rústico descubre su marrano:

Al público lo enseña, y dice ufano:

—¿Así juzgan ustedes?—

¡Oh preocupación y cuánto puedes!



LIBRO CUARTO

EL AUTOR A SUS VERSOS

FABULA PRIMERA

La Mona corrida.

Fieras, aves y peces
Corren, vuelan y nadan,
Porque Júpiter sumo
A general congreso á todos llama.
Con sus hijos se acercan,
Y es que un premio señala
Para aquel cuya prole
En hermosura lleve la ventaja.
El alto regio trono
La multitud cercaba,
Cuando en la concurrencia
Se sentía decir:—*La mona falta.*
—Ya llega,—dijo entonces
Una habladora urraca
Que, como centinela,
En la alta copa de un ciprés estaba.
Entra rompiendo filas
Con su cachorro ufana,
Y ante el excelso trono
El premio pide de hermosura tanta.

El dios Júpiter quise,
Al ver tan fea traza,
Disimular la risa,
Pero se le soltó la carcajada.
Armóse en el concurso
Tal bulla y algazara,
Que, corrida la mona,
A Tetuán se volvió desengañada.
¿Es creíble, señores,
Que yo mismo pensara
En consagrar á Apolo
Mis versos como dignos de su gracia?
Cuando, por mi fortuna,
Me encontré esta mañana
Continuando mi obrilla
Este cuento moral, esta patraña,
Yo dije á mi capote:
¡Con qué chiste, qué gracia
Y qué vivos colores
El jorobado Esopo me retrata!
Mas ya mis producciones
Miro con desconfianza,
Porque aprendo en la mona
Cuánto el ciego amor propio nos engaña.

FÁBULA II

El Asno y Júpiter.

—No sé cómo hay jumento
 Que teniendo un adarme de talento
 Quiera meterse á burro de hortelano.
 Llevo á la plaza desde muy temprano
 Cada día cien cargas de verdura;

71
Vuelvo con otras tantas de basura,
Y para aminorar mi pesadumbre,
Un criado me azota por costumbre.
Mi vida es ésta: ¿qué será mi muerte,
Como no mude Júpiter mi suerte?—
Un asno de este modo se quejaba.
El dios, que sus lamentos escuchaba,



Al dominio lo entrega de un tejero.
—Esta vida, decía, no la quiero;
Del peso de las tejas oprimido,
Bien azotado, pero mal comido;
A Júpiter me voy con el empeño
De lograr nuevo dueño.—
Enviólo á un curtidor; entonces dice:
—Aún con este amo soy más infelice;
Cargado de pellejos de difunto
Me hace correr sin sosegar un punto,
Para matarme sin llegar á viejo

Y curtir al instante mi pellejo. —
 Júpiter, por no oír tan largas quejas,
 Se tapó lindamente las orejas;
 Y á nadie escucha desde el tal pollino
 Si le habla de mudanza de destino.

*Sólo en versos se encuentran los dichosos
 Que viven ni envidiados ni envidiosos.
 La espada por feliz tiene el arado,
 Como el remo á la pluma y al cayado;
 Mas se tienen por miseros, en suma,
 Remo, espada, cayado, esteva y pluma.
 ¿Pues á qué estado el hombre llama bueno?
 Al propio nunca; pero sí al ajeno.*

FABULA III

El Cazador y la Perdiz.

Una perdiz en celo reclamada,
 Vinc á ser en la red aprisionada.
 Al cazador la mísera decía:
 —Si me das libertad en este día,
 Te he de proporcionar un gran consuelo;
 Por este campo extenderé mi vuelo,
 Juntaré á mis amigas en bandada,
 Que guiaré á tus redes engañada,
 Y tendrás, sin costarte dos ochavos,
 Doce perdices como doce pavos. —

—¡Engañar y vender á tus amigas!
 ¿Y así crees que me obligas?
 Respondió el cazador; pues no, señora,
 Muere. y paga la pena de traidora.

*La perdiz fué bien muerta, no es dudable;
 La traición, aun soñada, es detestable.*



FABULA IV

El Viejo y la Muerte.

Entre montes, por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña,
Maldiciendo su mísero destino.
Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podía,
Llamaba con colérica porfía
Una, dos y tres veces á la Muerte.
Armada de guadaña y esqueleto
La Parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el viejo, temiendo ser difunto,
Lleno, más de terror que de respeto,
Trémulo le decía balbuciente:
—*Ya... señora... os llamé desesperado.*—

—Pero... acaba: ¿qué quieres, desdichado?—

—Que me cargues la leña solamente.—

*Tenga paciencia quien se crea infelice;
Que aun en la situación más lamentable,
Es la vida del hombre siempre amable:
El viejo de la leña nos lo dice.*

FABULA V

El Enfermo y el Médico.

Un miserable enfermo se moría,
Y el médico importuno le decía:

—Usted se muere, yo se lo confieso;

Pero por la alta ciencia que profeso

Conozco, y lo aseguro firmemente,

Que ya estuviera sano

Si se hubiese acudido más temprano

Con el benigno clíster detergente.—

El triste enfermo, que lo estaba oyendo,

Volvió la espalda al médico, diciendo:

—Señor galeno, su consejo alabo;

Al asno muerto, la cebada al rabo.—

Todo varón prudente

Aconseja en el tiempo conveniente;

Que es hacer de la ciencia vano alarde

Dar el consejo cuando llega tarde.



FÁBULA VI

La Zorra y las Uvas.

Es voz común, que á más del medio día
En ayunas la zorra iba cazando.
Halla una parra, quédase mirando
De la alta vid el fruto que pendía,
Causábale mil ansias y congojas
No alcanzar á las uvas con la garra,
Al mostrar á sus dientes la alta parra
Negros racimos entre verdes hojas.
Miró, saltó y anduvo en probaduras,
Pero vió el imposible ya de fijo.
Entonces fué cuando la zorra dijo:
—No las quiero comer: *no están maduras.* —
No por eso te muestres impaciente
Si se te frustra, Fabio, algún intento;
Aplica bien el cuento
Y dí: No están maduras, frescamente.

FÁBULA VII

La Cierva y la Viña.

Huyendo de enemigos cazadores,
 Una cierva ligera
 Siente, ya fatigada en la carrera,
 Más cercanos los perros y ojeadores.
 No viendo la infeliz algún seguro
 Y vecino paraje
 De gruta ó de ramaje,
 Crece su timidez, crece su apuro.
 Al fin, sacando fuerzas de flaqueza,
 Continúa la fuga presurosa:
 Halla al paso una viña muy frondosa,
 Y en lo espeso se oculta con presteza.
 Cambia el susto y pesar en alegría:
 Viéndose en paz y á salvo en tan buen hora,
 Olvida el bien, y de su defensora
 Los frescos verdes pámpanos comía.
 Mas ¡ay! que de esta suerte
 Quitando ella las hojas de delante,
 Abrió puerta á la flecha penetrante,
 Y el listo cazador le dió la muerte.
 Castigó con la pena merecida
 El justo cielo á la cierva ingrata.
*Mas ¿qué puede esperar el que maltrata
 Al mismo que le está dando la vida?*

FÁBULA VIII

El Asno cargado de reliquias

De reliquias cargado
 Un asno recibía adoraciones,
 Como si á él se hubiesen consagrado
 Reverencias, inciensos y oraciones.
 En lo vano, lo grave y lo severo
 Que se manifestaba,
 Hubo quien conoció que se engañaba,
 Y le dijo:—Yo infiero
 De vuestra vanidad, vuestra locura.
 El reverente culto que procura
 Tributar cada cual este momento,
 No es dirigido á vos, señor jumento,
 Que sólo va en honor, aunque lo sientas,
 De la sagrada carga que sustentas.—

*Cuando un hombre sin mérito estuviere
 En elevado empleo ó gran riqueza,
 Y se ensoberbeciere
 Porque todos le bajan la cabeza,
 Para que su locura no prosiga
 Tema encontrar tal vez con quien le diga:
 —Señor jumento, no se engría tanto,
 Que si besan la peana es por el santo.*

FÁBULA IX

Los dos Machos.

Dos machos caminaban: el primero
 Cargado de dinero,
 Mostrando su penacho envanecido,
 Iba marchando erguido

Al són de los redondos cascabeles,
 El segundo, desnudo de oropeles,
 Con un pobre aparejo solamente,
 Alargando el pescuezo eternamente,
 Seguía de reata su jornada,
 Cargado de costales de cebada.
 Salen unos ladrones, y al instante
 Asieron de la rienda al arrogante;
 Él se defiende, ellos le maltratan,
 Y después que el dinero le arrebatan,
 Huyen, y dice entonces el segundo:
 —*Si á estos riesgos exponen en el mundo,*
Las riquezas, no quiero, á fe de macho
Dinero, cascabeles ni penacho.

FÁBULA X

El Cazador y el Perro.

Mustafá, perro viejo,
 Lebel en montería ejercitado,
 Y de antiguas heridas señalado
 A colmillo y á cuerno su pellejo,
 Seguía á un jabalí, sin esperanza
 De poderlo alcanzar; pero no obstante,
 Azuzándolo su amo cada instante,
 A duras penas Mustafá lo alcanza.
 El cerdoso valiente
 No escuchaba recados á la oreja,
 Y así su resistencia no le deja
 Cebiar al perro su cansado diente.
 Con airado colmillo lo rechaza,
 Y bufando se mareha victorioso.
 El cazador, furioso,

Reniega del lebrél y de su raza.
 —Viejo estoy, le responde, ya lo veo;
 Mas dí, sin Mustafá, ¿cuándo tuvieras
 Las pieles y cabezas de las fieras
 En tu casa de abrigo y de trofeo?



Miras á lo que soy, no á lo que he sido.
 ¡Oh suerte desgraciada!
 Presente tienes mi vejez cansada,
 Y mis robustos años en olvido.
 Mas ¿para qué me mato
 Si no he de conseguir cosa ninguna?—
Es tadar á la luna
El alegar servicios al ingrato.

FÁBULA XI

La Tortuga y el Águila.

Una tortuga á una águila rogaba
 Le enseñase á volar; así le hablaba:
 —Con sólo que me des cuatro lecciones,
 Ligera volaré por las regiones,
 Ya, remontando el vuelo
 Por medio de los aires hasta el cielo,
 Veré cercano al sol y las estrellas,
 Y otras cien cosas bellas:
 Ya, rápida bajando,
 De ciudad en ciudad iré pasando;
 Y de este fácil delicioso modo,
 Lograré en pocos días verlo todo.—
 La águila se rió del desatino:
 La aconseja que siga su destino,
 Cazando torpemente con paciencia,
 Pues lo dispuso así la Providencia.
 Ella insiste en su antojo ciegamente:
 La reina de las aves prontamente
 La arrebató, la lleva por las nubes.
 —Mira, le dice, mira cómo subes.—
 Y al preguntarla, dijo:—¿Vas contenta?
 Y la deja caer, y la revienta.

*Para que así escarmiente
 Quien desprecia el consejo del prudente.*



FÁBULA XII

El León y el Ratón.

Estaba un ratoncillo aprisionado
En las garras de un león: el desdichado
En la tal ratonera no fué preso
Por ladrón de tocino ni de queso,
Sino porque con otros molestaba
Al león, que en su retiro descansaba;
Pide perdón, llorando su insolencia.
Al oír implorar la real clemencia,
Responde el rey en majestuoso tono
(No dijera más Tito):—Te perdono.—
Poco después, cazando el león, tropieza
En una red oculta en la maleza,
Quiere salir, mas queda prisionero.
Atranando la selva, ruge fiero:
El libre ratoncillo, que lo siente,
Corriendo llega, roe diligente

Los nudos de la red, de tal manera,
Que al fin rompió los grillos de la fiera.

*Conviene al poderoso
Para los infelices ser piadoso;
Tal vez se puede ver necesitado
Del auxilio de aquel más desdichado.*

FABULA XIII

Las Liebres y las Ranas.

Asustadas las liebres de un estruendo,
Echaron á correr todas, diciendo:

—A quien la vida cuesta tanto susto,
La muerte causará menos disgusto.—

Llegan á una laguna de esta suerte
A dar en lo profundo con la muerte.

Al ver á tanta rana, que, asustada,
A las aguas se arroja á su llegada:

—¡Hola! dijo una liebre: ¿conque hay otras
Tan tímidas, que aun tiemblan de nosotras?

Pues suframos como ellas el destino.—
Conocieron, sin más, su desatino.

*Así, la suerte adversa es tolerable,
Comparada con otra miserable.*

FABULA XIV

El Gallo y el Zorro.

Un gallo muy maduro,
De edad proveya, duros espolones,
Pacífico y seguro
Sobre un árbol oía las razones
De un zorro muy cortés y muy atento,

Más elocuente cuanto más hambriento.

— Hermano, le decía;

Ta cesó entre nosotros una guerra

Que cruel repartía

Sangre y plumas al viento y á la tierra.

Baja, y daré para perpetuo sello

Mis amorosos brazos á tu cuello.—



—Amigo de mi alma,

Responde el gallo: ¡qué placer inmenso

En deliciosa calma

Deja esta vez mi espíritu suspenso!

Allá bajo, allá voy, tierno y ansioso,

A gozar en tu seno mi reposo.

Pero aguarda un instante,

Porque vienen ligeros como el viento,

Y ya están adelante,

¡ Dos correos, que llegan al momento

De esta noticia portadores fieles,

Y son, según la traza, dos lebreles.—

—Adiós, adiós, amigo,

Dijo el zorro, que estoy muy ocupado;

Luego hablaré contigo

Para finalizar este tratado.—

El gallo se quedó lleno de gloria,

Cantando en esta letra su victoria:

Siempre trabaja en su daño

El astuto engañador:

A un engaño hay otro engaño,

A un pícaro otro mayor.

FÁBULA XV

El León y la Cabra.

Un señor león andaba como un perro

Del valle al monte, de la selva al cerro,

A caza, sin hallar pelo ni lana,

Perdiendo la paciencia y la mañana.

Por un risco escarpado

Ve trepar una cabra á lo encumbrado,

De modo que parece que se empeña

En hacer creer al león que se despeña:

El pretender seguirla, fuera en vano:

El cazador entonces, cortesano,

Le dice:—Baja, baja, mi querida,

No busques precipicios á tu vida:

En el valle frondoso

Pacerás á mi lado con repceso.—

—¿Desde cuándo, señor, la real persona

Cuida con tanto amor de la barbona?

Esos halagos tiernos

No son por bien, apostaré los cuernos.—

Así le respondió la astuta cabra,
Y él se fué sin replicar palabra.

*Lo paga la infeliz con el pellejo
Si toma sin examen el consejo.*

FÁBULA XVI

El Hacha y el Mango.

Un hombre que en el bosque se miraba
Con un hacha sin mango, suplicaba
A los árboles diesen la madera
Que más sólida fuera
Para hacerle uno fuerte, y muy durable.
Al punto la arboleda innumerable
Le cedió el acebuche; y él, contento,
Perfeccionando luego su instrumento,
De rama en rama va cortando á gusto
Del alto roble el brazo más robusto.
Ya los árboles todos recorría,
Y mientras los mejores elegía,
Dijo la triste encina al fresno:—*Amigo,*
¡Infeliz del que ayuda á su enemigo!

FABULA XVII

La Onza y los Pastores.

En una trampa una onza inadvertida
Dió misera caída.
Al verla sin defensa,
Corrieron á la ofensa
Los vecinos pastores,

No valerosos, pero sí traidores.
 Cada cual por su lado
 La maltrataba airado,
 Hasta dejar sus fuerzas desmayadas,
 Unos á palos, otros á pedradas.
 Al fin la abandonaron por perdida;
 Pero viéndola dar muestras de vida,
 Cierta pastor, dolido de su suerte,



Por evitar su muerte
 Le arrojó la mitad de su alimento,
 Con que pudiese recobrar aliento.
 Llega la noche, témplase la saña,
 Marchan á descansar á la cabaña
 Todos, con esperanza muy fundada
 De hallarla muerta por la madrugada;
 Mas la fiera entretanto,
 Volviendo poco á poco del quebranto,
 Toma nuevo valor y fuerza nueva;
 Salta, deja la trampa, va á su cueva;

Y al sentirse del todo reforzada,
 Sale sí, muy ligera, pero más airada.
 Ya destruye ganados,
 Ya deja á los pastores destrozados;
 Nada aplaca su cólera violenta;
 Todo lo tala, en todo se ensangrienta.
 El buen pastor, por quien tal vez vivía,
 Lleno de horror la vida le pedía.
 —No serás maltratado,
 Dijo la onza; vive descuidado,
 Que yo sólo persigo á los traidores
 Que me ofendieron, no á mis bienhechores. —
*Quien hace agravios, tema la venganza:
 Quien hace bien, al fin el premio alcanza.*

FÁBULA XVIII

El Grajo vano.

Con las plumas de un pavo
 Un grajo se vistió: pomposo y bravo
 En medio de los pavos se pasea.
 La manada lo advierte, lo rodea,
 Todos le pican, burlan y lo envían...
 ¿Dónde, si ni los grajos le querían?
*¡Cuánto ha que repetimos este cuento,
 Sin que haya en los plagiarios escarmiento!*

FABULA XIX

El Hombre y la Comadreja.

Así decía cierta comadreja
 A un hombre que la había aprisionado:
 —¿Por qué no me dejáis? ¿Os he yo dado

Motivo de disgusto ni de queja?
 ¿No soy la que desvanes y rincones
 Tu casa toda, cual si fuese mía,
 Cuidadosa registro noche y día
 Para que vivas libre de ratones?—
 —¡Gran fineza por cierto!
 El hombre respondió: pues di, ladrona,
 Si tu glotonería no perdona
 Ni á ratón vivo ni á cochino muerto,
 Ni á cuanto guardan ruines despenseras,
 ¿Cómo he de creer que tu cuidado apura
 Por mi bien los ratones? ¡Qué locura!
 ¡No tendría yo malas tragaderas!
 Morirás; *y el astuto que pretenda*
Venderme cual fineza lo que ha hecho
Sin mirar á más fin que á su provecho,
Sabrá que hay en el mundo quien lo entienda.

FABULA XX

Batalla de las Comadreas y los Ratones.

Vencidos los ratones
 Huían con presteza
 De una atroz enemiga
 Tropa de comadreas.
 Marchaban con desorden,
 Que, cuando el miedo reina,
 Es la confusión sola
 El jefe que gobierna.
 Llegaron presurosos
 A sus angostas cuevas,
 Logrando los soldados
 Entrar á duras penas;
 Pero los capitanes

Que en las estrechas puertas
Quedaron atascados
Sin ninguna defensa,
A causa de unos cuernos
Puestos en las cabezas,
Para ser de sus tropas
Vistos en la refriega,
Fueron las desdichadas
Víctimas de la guerra,
Haciendo de sus cuerpos
Pasto las comadreja.

*¡Cuántas veces los hombres
Distinciones anhelan,
Y suelen ser la causa
De sus desdichas ellas!
Si Júpiter dispara
Sus rayos á la tierra,
Antes que á las cabañas,
A los palacios y á las torres llegan.*



FABULA XXI

El León y la Rana.

Una lóbrega noche silenciosa
Iba un león horroroso
Con mesurado paso majestuoso
Por una selva; oyó una voz ruidosa
Que con tono molesto y continuado
Llamaba la atención y aun el cuidado
Del reinante animal, que no sabía
De qué bestia feroz quizá saldría
Aquella voz, que tanto más sonaba
Cuanto más en silencio todo estaba.
Su majestad leonesa
La selva toda registrar procura;
Mas nada encuentra con la noche oscura,
Hasta que pudo ver ¡oh qué sorpresa!
Que sale de un estanque á la mañana

La tal bestia feroz, y era una rana.

*Llamará la atención de mucha gente
El charlatán con su manía loca;
Mas ¿qué logra, si al fin verá el prudente
Que no es sino una rana, todo boca?*

FÁBULA XXII

El Ciervo y los Bueyes.

Con inminente riesgo de la vida
Un ciervo se escapó de la batida,
Y en la quinta cercana, de repente,
Se metió en el establo incautamente.
Dícele un buey:—¿Ignoras, desdichado,
Que aquí viven los hombres? ¡Ah cuitado!
Detente, y hallarás tanto reposo
Como perdiz en boca de raposo.—
El ciervo respondió:—Pero, no obstante,
Dejadme descansar algún instante,
Y en la ocasión primera
Al bosque espeso emprendo mi carrera.—
Oculto entre el ramaje permanece;
A la noche el boyero se aparece,
Al ganado reparte el alimento;
Nada divisa; sálese al momento.
El mayoral y los criados entran,
Y tampoco le encuentran.
Libre de aquel apuro,
El ciervo se contaba por seguro;
Pero el buey más anciano
Le dice:—¡Qué! ¿Te alegras tan temprano?
Si el amo llega, lo perdiste todo.
Yo le llamo *Cien-ojos* por apodo.
Mas ¡cbitón! que ya viene.—

Entra *Cien-ojos*, todo lo previene;
 A los rústicos dice:—No hay consuelo:
 Las colleras tiradas por el suelo;
 Limpio el pesebre, pero muy de paso;
 El ramaje muy seco y muy escaso;
 Señor mayoral, ¿es este buen gobierno?—
 En esto mira el enramado cuerno
 Del triste ciervo; grita, acuden todos
 Contra el pobre animal de varios modos,
 Y á la rústica usanza
 Se celebró la fiesta de matanza.

*Esto quiere decir que el amo bueno
 No se debe fiar del ojo ajeno.*

FÁBULA XXIII

Los Navegantes.

Lloraban unos tristes pasajeros
 Viendo su pobre nave combatida
 De recias olas y de vientos fieros,
 Ya casi sumergida,
 Cuando súbitamente
 El viento calma, el cielo se serena,
 Y la afligida gente
 Convierte en risa la pasada pena.
 Mas el piloto estuvo muy sereno,
 Tanto en la tempestad como en bonanza;
*Pues sabe que lo malo y que lo bueno,
 Está sujeto á súbita mudanza.*

FABULA XXIV

El Torrente y el Río.

Despeñado un torrente
 De un encumbrado cerro,
 Caía en una peña
 Y atronaba el recinto con su estruendo
 Seguido de ladrones
 Un triste pasajero,
 Despreciando el ruido,
 Atravesó el raudal sin desaliento:
 Que es común en los hombres
 Poseídos del miedo,
 Para salvar la vida,
 Exponerla tal vez á mayor riesgo.
 Llegaron los bandidos,
 Practicaron lo mesmo
 Que antes el caminante,
 Y fueron en su alcance y seguimiento.
 Encontró el miserable
 De allí á muy poco trecho
 Un río caudaloso
 Que corría apacible y en silencio.
 Con tan buenas señales
 Y el próspero suceso
 Del raudal bullicioso,
 Determinó vadearlo sin recelo;
 Mas apenas dió un paso,
 Pagó su desacuerdo,
 Quedando sepultado
 En las alevés aguas sin remedio.

*Temamos los peligros
 De designios secretos;
 Que el ruidoso aparato
 Si no se desvanece, anuncia el riesgo.*



FÁBULA XXV

El León el Lobo y la Zorra.

Trémulo y achacoso
A fuerza de años un león estaba;
Hizo venir los médicos, ansioso
Por ver si alguno de ellos lo curaba.
De todas las especies y regiones
Profesores llegaban á millones.
Todos conocen incurable el daño,
Ninguno al rey propone el desengaño.
Cada cual su remedio le procura,
Como si la vejez tuviese cura.
Un lobo cortesano,
Con tono adulator y fin torcido,
Dijo á su soberano:
—He notado, señor, que no ha asistido
La zorra como médico al congreso,
Y pudiera esperarse buen suceso
De su dictamen en tan grave asunto.
Quiso su majestad que luego al punto
Por la posta viniese:

Llega, sube a palacio, y como viese
 Al lobo, su enemigo, ya instruída
 De que él era el autor de su venida,
 Que ella excusaba cautelosamente,
 Inclinándose al rey profundamente,
 Dijo:—Quizá, señor, no habrá faltado
 Quien haya mi tardanza acriminado;
 Mas será porque ignora
 Que vengo de cumplir un voto ahora
 Que por vuestra salud tenía hecho;
 Y para más provecho,
 En mi viaje traté gentes de ciencia
 Sobre vuestra dolencia.
 Convienen, pues, los grandes profesores
 En que no tenéis vicio en los humores,
 Y que sólo los años han dejado
 El calor natural algo apagado;
 Pero éste se recobra y vivifica,
 Sin fastidios, sin drogas de botica,
 Con un remedio simple, liso y llano,
 Que vuestra majestad tiene en la mano.
 A un lobo vivo arránquenle el pellejo,
 Haced que os lo apliquen al instante,
 Y por más que estéis débil, flaco y viejo,
 Os sentiréis robusto y rozagante,
 Con apetito tal, que sin esfuerzo
 El mismo lobo os servirá de almuerzo.—
 Convino el rey; y entre el furor y el hierro
 Murió el infeliz lobo como un perro.

*Así viven y mueren cada día
 En su guerra interior los palaciegos,
 Que con la emulación rabiosa, ciegos,
 A degüello se tiran á porfía.
 Tomen esta lección muy oportuna:
 Lleguen á la privanza enhorabuena;
 Mas labren su fortuna
 Sin cimentarla en la desgracia ajena.*

LIBRO QUINTO

FÁBULA PRIMERA

Los Ratones y el Gato.

Marramaquíz, gran gato,
De nariz roma, pero largo olfato,
Se metió en una casa de ratones.
En uno de sus lóbregos rincones
Puso su alojamiento.
Por delante de sí, de ciento en ciento
Los dejaba por gusto libre el paso,
Como hace el bebedor que mira al vaso;
Y ensanchando así más sus tragaderas,
Al fin los escogía como peras.
Este fué su ejercicio cotidiano;
Pero, tarde ó temprano,
Al fin ya los ratones conocían
Que por instantes se disminuían.
Don *Rocpán*, cacique el más prudente
De la ratona gente,
Con los suyos formó pleno consejo,
Y dijo así con natural despejo:
—Supuesto, hermanos, que el sangriento bruto
Que metidos nos tiene en llanto y luto
Habita el cuarto bajo,
Sin que pueda subir ni aun con trabajo
Hasta nuestra vivienda, es evidente
Que se atajará el daño solamente
Con no bajar allí de modo alguno.
El medio pareció muy oportuno,
Y fué tan observado,
Que ya *Marramaquíz* el muy taimado,
Metido por el hambre en calzas prietas,
Discurrió entre mil tretas

La de colgarse por los pies de un palo
 Haciendo el muerto. No era el ardíd malo;
 Pero don *Roepán*, luego que advierte
 Que su enemigo estaba de tal suerte,
 Asomando el hocico á su agujero:
 —¡Hola! dice: ¿qué es eso, caballero?
 ¿Estás muerto de burlas ó de veras?
 Si es lo que yo recelo, en vano esperas,
 Pues no nos contaremos ya seguros,
 Aun sabiendo de cierto
 Que eres, á más á más de gato muerto,
 Gato relleno ya de pesos duros. —

*Si alguno llega con astuta maña
 Y una vez nos engaña,
 Es cosa muy sabida
 Qué puede algunas veces
 El huir de sus trazas y dobleces
 Valernos nada menos que la vida.*

FÁBULA II

El Asno y el Lobo.

Un burro cojo vió que le seguía
 Un lobo cazador; y no pudiendo
 Huir de su enemigo, le decía:
 —Amigo lobo, yo me estoy muriendo.
 Me acaban por instantes los dolores
 De este maldito pie de que cojeo:
 Si yo no me valiese de herradores,
 No me vería así como me veo.
 Y pues fallezco, sé caritativo:
 Sácame con los dientes este clavo;
 Muera yo sin dolor tan excesivo,
 Y cómeme después de cabo á rabo.
 —¡Oh! dijo el cazador con ironía,
 Contando con la presa ya en la mano:

No solamente sé la anatomía,
Sino que soy perfecto cirujano.
El caso es para mí una patarata,
La operación no más que de un momento.
Alargue bien la pata,
Y no se me acobarde, buen jumento.—
Con su estuche molar desenvainado
El nuevo profesor llega al doliente;



Mas éste le dispara de contado
Una coz que le deja sin un diente.
Escapa el cojo; pero el triste herido
Llorando se quedó su desventura.
—¡Ay, infeliz de mí! Bien merecido
El pago tengo de mi gran locura.
Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de lobo carnicero:
Pues si pude vivir tan regalado,
¿A qué meterme ahora á curandero?—
*Hablemos con razón; no tiene juicio
Quien deja el propio por ajeno oficio.*

FÁBULA III

El Asno y el Caballo.

Iban, mas no sé adónde ciertamente,
 Un caballo y un asno juntamente;
 Éste cargado, pero aquél sin carga.
 El grave peso, la carrera larga,
 Causaron al borrico tal fatiga,
 Que la necesidad misma le obliga
 A dar en tierra.—Amigo, compañero,
 No puedo más, decía; yo me muero;
 Repartamos la carga, y será poca;
 Si no, se me va el alma por la boca.
 Dice el otro:—Revienta enhorabuena:
 ¿Por eso he de sufrir la carga ajena?
 Gran bestia seré yo, si tal hiciere;
 ¡Miren y qué borrico se me muere!—
 Tan justamente se quejó el jumento,
 Que expiró el infeliz en un momento.
 El caballo conoce su pecado,
 Pues tuvo que llevar, mal de su grado,
 Los fardos y aparejo todo junto,
 Item más, el pellejo del difunto.

*Juan, alivia en sus penas al vecino,
 Y él, cuando tú las tengas, déte ayuda.
 Si no lo hacéis así, temed sin duda
 Que seréis el caballo y el pollino.*

FÁBULA IV

El Labrador y la Providencia

Un labrador cansado
 En el ardiente estío,
 Debajo de una encina

Reposaba pacífico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos ejercicios.
Entre mil producciones
Hijas de su cultivo,
Veía calabazas,
Melones por los suelos esparcidos.
 —¿Por qué la Providencia,
 Decía entre sí mismo,
 Puso á la ruin bellota
 En elevado y preeminente sitio?
 ¿Cuánto mejor sería
 Que, trocando el destino,
 Pendiesen de las ramas
 Calabazas, melones y pepinos?—
 Bien oportunamente,
 Al tiempo que esto dijo,
 Cayendo una bellota
 Le pegó en las narices de improviso
 —¡Pardiez! prorrumpió entonces
 El labrador sencillo:
 Si lo que fué bellota
 Algún gordo melón hubiera sido,
 Desde luego pudiera
 Tomar á buen partido,
 En caso semejante,
 Quedar desnarigado, pero vivo.—

Aquí la Providencia
Manifestarte quiso
Que supo á cada cosa
Señalar sabiamente su destino.
A mayor bien del hombre
Todo está repartido;
Preso el pez en su concha
Y libre por el aire el pajarillo.



FÁBULA V

El Asno vestido de León.

Un asno disfrazado
Con una grande piel de león andaba;
Por su temible aspecto, casi estaba
Desierto el bosque, solitario el prado.
Pero quiso el Destino
Que le llegase á ver, desde el molino,
La punta de una oreja el molinero.
Armado entonces de un garrote fiero,
Dale de palos, llévalo á su casa;
Divúlgase al contorno lo que pasa,
Llegan todos á ver en el instante
Al que habían temido león reinante;
Y haciendo mofa de su idea necia,
Quien más le respetó, más le desprecia.
Desde que oí del asno contar esto,

*Dos ochavos apuesto,
Si es que Pedro Fernández no se deja
De andar con el disfraz de caballero,
A vueltas del vestido y el sombrero,
Que le han de ver la punta de la oreja.*

FÁBULA VI

La Gallina de los huevos de oro.

Érase una gallina que ponía
Un huevo de oro al dueño cada día.
Aún con tanta ganancia, mal contento,
Quiso el rico avariento
Descubrir de una vez la mina de oro,
Y hallar en menos tiempo más tesoro.
Matóla; abrióla el vientre de contado;
Pero después de haberla registrado,
¿Qué sucedió? Que, muerta la gallina,
Perdió su huevo de oro y no halló mina.

*¡Cuántos hay que, teniendo lo bastante,
Enriquecerse quieren al instante,
Abrazando proyectos
A veces de tan rápidos efectos,
Que sólo en pocos meses,
Cuando se contemplaban ya marqueses
Contando sus millones,
Se vieron en la calle sin calzones!*

FÁBULA VII

Los Cangrejos.

Los más autorizados, los más viejos
De todos los cangrejos,
Una grande asamblea celebraron.

Entre los graves puntos que trataron,
 A propuesta de un docto presidente,
 Como resolución la más urgente
 Tomaron la que sigue: pues que al mundo
 Estamos dando ejemplo sin segundo,
 El más vil y grosero,
 En andar hacia atrás como el soguero;
 Siendo cierto también que los ancianos,
 Duros de pies y manos,
 Causándonos los años pesadumbre,
 No podemos vencer nuestra costumbre;
 Toda madre, desde este mismo instante,
 Ha de enseñar á andar hacia adelante
 A sus hijos, y dure la enseñanza
 Hasta quitar del mundo tal usanza.
 «¡Garras á la obra!» dicen las maestras
 Que se creían diestras;
 Y, sin dejar ninguno,
 Ordenan á sus hijos uno á uno
 Que muevan sus patitas blandamente
 Hacia adelante sucesivamente.
 Pasito á paso, al modo que podían,
 Ellos obedecían;
 Pero al ver á sus madres que marchaban
 Al revés de lo que ellas enseñaban,
 Olvidando los nuevos rudimentos,
 Imitaban sus pasos más contentos.
 Repetían las madres sus lecciones,
 Mas no bastaban teóricas razones,
 Porque obraba en los jóvenes cangrejos
 Sólo un ejemplo más que mil consejos.
 Cada maestra se aflige y desconsuela
 No pudiendo hacer práctica su escuela;
 De modo que, en efecto,
 Abandonaron todas e' proyecto.
 Los magistrados saben el suceso,
 Y en su pleno congreso

La nueva ley al punto derogaron,
 Porque se aseguraron
 De que en vano intentaban la reforma
 Cuando ellos no sabían ser la norma.

*Y es así que la fuerza de las leyes
 Suele ser el ejemplo de los reyes.*



FABULA VIII

Las Ranas sedientas.

Dos ranas que vivían juntamente,
 En un verano ardiente
 Se quedaron en seco en su laguna.
 Saltando aquí y allí, llegó la una
 A la orilla de un pozo.
 Llena entonces de gozo,
 Gritó á su compañera:
 —Ven, y salta ligera.—
 Llegó; y estando entrambas á la orilla,
 Notando como grande maravilla
 Entre los agostados juncos y heno
 El fresco pozo, casi de agua lleno,
 Prorrumpió la primera:—¿A qué esperamos

Que no nos arrojamós
 Al agua, que apacible nos convida?—
 La segunda responde:—Inadvertida,
 Yo tengo igual deseo;
 Pero pienso y preveo
 Que, aunque es fácil al pozo nuestra entrada,
 La agua con los calores exhalada,
 Según vaya faltando,
 Nos irá dulcemente sepultando,
 Y al tiempo que salir solicitemos,
 En la Estigia laguna nos veremos.—
*Por consultar al gusto solamente,
 Entra en la nasa el pez incautamente;
 El pájaro sencillo en la red queda;
 ¿Y en qué lazos el hombre no se enreda?*

FABULA IX

El Cuervo y el Zorro.

En la rama de un árbol,
 Bien ufano y contento,
 Con un queso en el pico
 Estaba un señor cuervo.
 Del olor atraído,
 Un zorro muy maestro
 Le dijo estas palabras,
 A poco más ó menos:
 —Tenga usted buenos días,
 Señor cuervo, mi dueño;
 Vaya, que estáis donoso,
 Mono, lindo en extremo;
 Yo no gaste lisonjas
 Y digo lo que siento;
 Que si á tu bella traza

Corresponde el gorjeo,
 Juro á la diosa Ceres,
 Siendo testigo el cielo,
 Que tú serás el fénix
 De sus vastos imperios.—
 Al oír un discurso
 Tan dulce y halagüeño,
 De vanidad llevado
 Quiso cantar el cuervo;
 Abrió su negro pico,
 Dejó caer el queso;
 El muy astuto zorro,
 Después de haberlo preso,
 Le dijo:—Señor bobo,
 Pues sin otro alimento
 Quedáis con alabanzas
 Tan hinchado y repleto,
 Digerid las lisonjas
 Mientras digiero el queso.
*Quien oye aduladores
 Nunca espere otro premio.*

FÁBULA X

Un Cojo y un Picarón.

A un buen cojo un descortés
 Insultó atrevidamente:
 Oyóle pacientemente,
 Continuando su carrera;
 Cuando al son de la cojera
 Dijo el otro: una, dos, tres
 Cojo es.
 Oyólo el cojo; aquí fué
 Donde el buen hombre perdió

Los estribos, pues le dió
Tanta cólera y tal ira,
Que la muleta le tira,
Quedándose, ya se ve,
Sobre un pie.

—Sólo el no poder correr
Para darte el escarmiento,
Dijo el cojo, es lo que siento,
Que este mal no me atormenta;
*Porque al hombre sólo afrenta
Lo que supo merecer,
Padecer.*

FÁBULA XI

El Carretero y Hércules.

En un atolladero
El carro se atascó de Juan Regaña:
Él á nada se mueve ni se amaña:
Pero jura muy bien: ¡gran carretero!
A Hércules invocó, y el dios le dice:
—Aligera la carga, ceja un tanto,
Quita ahora ese canto.
¿Está?—Sí, le responde; ya lo hice.—
—Pues enarbola el látigo, y con eso
Puedes ya caminar.—De esta manera,
Arreando á la Mohina y la Roncera,
Salió Juan con su carro del suceso.
*Si haces lo que estuviere de tu parte,
Pide al cielo favor: ha de ayudarte.*

FABULA XII

La Zorra y el Chivo.

Una zorra cazaba,
 Y al seguir á un gazapo,
 Entre aquí se escabulle, allí lo atrapo,
 En un pozo cayó que al paso estaba.

Cuando más le affigía su tristeza
 Por no hallar la infeliz salida alguna,
 Vió asomarse al brocal, por su fortuna,
 Del chivo padre la gentil cabeza.

—¿Qué tal? dijo el barbón: ¿la agua es salada?—

—Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,
 Respondió la raposa,

Que en el tal pozo estoy como encantada.—

Al agua el chivo se arrojó sediento.
 Monta sobre él la zorra, de manera
 Que, haciendo de sus cuernos escalera,
 Pilla el brocal y sale en el momento.
 Quedó el pobre atollado: ¡cosa dura!

*Mas ¿quién podrá á la zorra dar castigo,
 Cuando el hombre, aun á costa de su amigo,
 Del peligro mayor salir procura?*



FÁBULA XIII

El Lobo, la Zorra y el Mono juez

Un lobo se quejó criminalmente
De que una zorra astuta lo robase:
El mono juez, como ella lo negase,
Dejólos alegar prolijamente.

Enterado, pronuncia la sentencia:
—No consta que te falte nada, lobo;
Y tú, raposa, tú tienes el robo;—
Dijo, y los despidió de su presencia.
—Esta contradicción es cosa buena,
Le dijo el docto mono con malicia.

*Al perverso su fama le condena,
Aun cuando alguna vez pida justicia.*

FÁBULA XIV

Los dos Gallos.

Habiendo á su rival vencido un gallo,
 Quedó entre sus gallinas victorioso,
 Más grave, más pomposo
 Que el mismo Gran Sultán en su serrallo.

Desde un alto pregoná vocinglero
 Su gran hazaña: el gavilán lo advierte,
 Le pilla, le arrebatá, y por su muerte,
 Quedó el rival señor del gallinero.

*Consuele al abatido tal mudanza:
 Sirva también de ejemplo á los mortales
 Que se juzgan exentos de los males
 Cuando se ven en próspera bonanza.*

FÁBULA XV

La Mona y la Zorra.

En visita una mona
 Con una zorra estaba cierto día.
 Y así ni más ni menos le decía:
 —Por mi fe que tenéis bella persona,
 Gallardo talle, cara placentera,
 Airosa en el andar como vos sola;
 Y á no ser tan deforme vuestra cola,
 Seriais en lo hermoso la primera.
 Escuchad un consejo
 Que ha de ser á los dos muy importante:
 Yo os la he de cortar, y lo restante,

Me lo acomodaré por zagalejo.—
 —*Abrenuncio!* la zorra le responde;
 Es cosa para mí menos amarga
 Barrer el suelo con mi cola larga,
 Que verla por pañal bien sé yo dónde.—

*Por ingenioso que el necesitado,
 Sea para pedir al avariento,
 Éste será de superior talento
 Para negarse á dar de lo sobrado.*



FÁBULA XVI

La Gata mujer.

Zapaquilda la bella
 Era gata doncella
 Muy recatada, no menos hermosa.
 Queríala su dueño por esposa,
 Si Venus consintiese
 Y en mujer á la gata convirtiese.
 De agradable manera
 Vino en ello la diosa placentera,
 Y ved á *Zapaquilda* en un instante
 Hecha moza gallarda, rozagante.

Celébrase la boda;
Estaba ya la sala nupcial toda
De un lucido concurso coronada;
La novia, relamida, almidonada,
Junto al novio galán enamorado,
Todo brillantemente preparado,
Cuando quiso la diosa
Que cerca de la esposa
Pasase un ratoncillo de repente;
Al punto que lo ve, violentamente,
A pesar del concurso y de su amante,
Salta, corre tras él, y échale el guante.
Aunque del valle humilde á la alta cumbre
Inconstante nos mude la Fortuna,
La propensión del natural es una
En todo estado, y más con la costumbre.

FABULA XVII

La Leona y el Oso.

Dentro de un bosque oscuro y silencioso,
 Con un rugir continuo y espantoso
 Que en medio de la noche resonaba,
 Una leona á las fieras inquietaba.
 Dícela un oso:—Escúchame una cosa:
 ¿Qué tragedia horrorosa
 Ó qué sangrienta guerra,
 Qué rayos ó qué plagas á la tierra
 Anuncia tu clamor desesperado
 En el nombre de Júpiter airado?—
 —¡Ah! Mayor causa tienen mis rugidos.
 Yo, la más infeliz de los nacidos,
 ¿Cómo no moriré desesperada
 Si me han robado el hijo?—¡Ay desdichada!

—¡Hola! ¿Conque eso es todo?
 › Pues si se lamentasen de ese modo
 Las madres de los muchos que devoras,
 ¡Buena música hubiera á todas horas!
 Vaya, vaya, consuélate como ellas,
 No nos quiten el sueño tus querellas.—

A desdichas y males

*Vivimos condenados los mortales:
 A cada cual, no obstante, le parece
 Que de esta ley una excepción merece.
 Así nos conformamos con la pena,
 No cuando es propia, si cuando es ajena.*

FÁBULA XVIII

El Lobo y el Perro flaco.

Distante de la aldea
 Iba cazando un perro
 Flaco, que parecía
 Un andante esqueleto.
 Cuando menos lo piensa
 Un lobo lo hizo preso:
 Aquí de sus clamores,
 De sus llantos y ruegos:
 —Decidme, señor lobo:
 ¿Qué queréis de mi cuerpo,
 Si no tiene otra cosa
 Que huesos y pellejo?
 Dentro de quince días
 Casa á su hija mi dueño,
 Y ha de haber para todos
 Arroz y gallo muerto.
 Dejadme ahora libre,
 Que, pasado este tiempo.

Podréis comerme á gusto,
 Lucio, gordo y relleno.—
 Quedaron convenidos,
 Y apenas se cumplieron
 Los días señalados,
 El lobo buscó al perro.
 Estábase en su casa
 Con otro compañero
 Llamado *Matalobos*,
 Mastín de los más fieros.
 Salen á recibirle
 Al punto que lo vieron;
Matalobos bajaba
 Con corbatín de hierro.
 No era el lobo persona
 De tantos cumplimientos;
 Y así, por no gastarlos,
 Cedió de su derecho.
 Huía, y le llamaban:
 Mas él iba diciendo
 Con el rabo entre piernas:
 —Pies, ¿para qué os quiero?—
*Hasta los niños saben
 Que es de mayor aprecio
 Un pájaro en la mano
 Que por el aire ciento.*

FABULA XIX

La Oveja y el Ciervo.

Un celemín de trigo
 Pidió á la oveja el ciervo, y le decía:
 —Si es que usted de mi paga desconfía,
 A presentar me obligo

Un fiador desde luego

Que no dará lugar á tener queja. —

—¿Y quién es ése? preguntó la oveja. —

—Es un lobo abonado, llano y lego. —

—¿Un lobo? Ya; mas hallo un embarazo:
Si no tenéis más fincas que él sus dientes
Y tú los pies para escapar valientes,

¿A quién acudiré, cumplido el plazo? —

*Si quién es el que pide, y sus fiadores,
Antes de dar prestado se examina,
Será menor, sin otra medicina,
La peste de los malos pagadores.*

FÁBULA XX

La Alforja.

—En una alforja al hombro
Llevo los vicios;
Los ajenos delante,
Detrás los míos. —

*Esto hacen todos:
Así ven los ajenos,
Mas no los propios.*



FÁBULA XXI

El Asno infeliz.

Yo conocí un jumento
Que murió muy contento
Por creer (y no iba fuera de camino)
Que así cesaba su fatal destino.
Pero la adversa suerte,
Aun después de su muerte
Lo persiguió: dispuso que al difunto
Le arrancasen el cuero luego al punto
Para hacer tamboriles,
Y que en los regocijos pastoriles
Bailasen las zagalas en el prado
Al són de su pellejo baqueteado.

*Quien por su mala estrella es infelice,
Un muerto lo será: Fedro lo dice.*



FÁBULA XXII

El Jabali y la Zorra.

Sus terribles colmillos aguzaba
Un jabalí en el tronco de una encina.
La zorra, que vecina
Del animal cerdoso se miraba,
Le dice:—Extraño el verte,
Siendo tú en paz señor de la bellota,
Cuando ningún contrario te alborota,
Que tus armas afiles de esa suerte.—
La fiera le responde:—Tengo oído
Que en la paz se prepara el buen guerrero,
Así como en la calma el marinero,
● *Y que vale por dos el prevenido.*

FÁBULA XXIII

El Perro y el Cocodrilo.

Bebiendo un perro en el Nilo,
Al mismo tiempo corría.

—Bebe quieto, le decía

Un taimado cocodrilo.—

Dijole el perro prudente:

—Dañoso es beber y andar;

Pero ¿es sano el aguardar

A que me claves el diente?—

¡Oh qué docto perro viejo!

Yo venero su sentir

En esto de no seguir

Del enemigo el consejo.

FÁBULA XXIV

La Comadreja y los Ratones.

Débil y flaca cierta comadreja,
No pudiendo ya más, de puro vieja,

Ni cazaba ni hacía provisiones

De abundantes ratones,

Como en tiempos pasados,

Que elegía los tiernos, regalados,

Para cubrir su mesa.

Sólo de tarde en tarde hacía presa

En tal cual que pasaba muy cercano,

Gotoso, paralítico ó anciano.

Obligada del hambre, cierto día

Urdió el modo mejor con que saldría
 De aquella pobre situación hambrienta,
 Pues la necesidad todo lo inventa.
 Esta vieja taimada
 Métese entre la harina amontonada.
 Alerta y con cautela,
 Cual suele en la garita el centinela,
 Espera ansiosa su feliz momento
 Para la ejecución del pensamiento.
 Llega el ratón sin conocer su ruina,
 Y mete el hociquillo entre la harina;
 Entonces ella le echa de repente
 La garra al cuello, y al hocico el diente.
 Con este nuevo ardid tan oportuno,
 Se los iba embuchando de uno en uno,
 Y á merced de discurso tan extraño,
 Logró sacar su tripa de mal año.

*Es un feliz ingenio interesante:
 El nos ayuda, si el poder nos deja;
 Y al ver lo que pasó á la comadreja,
 ¿Quién no aguzará el suyo en adelante?*

FÁBULA XXV

El Lobo y el Perro.

En busca de alimento
 Iba un lobo muy flaco y muy hambriento.
 Encontró con un perro tan relleno,
 Tan lucio, sano y bueno,
 Que le dijo:—Yo extraño
 Que estés de tan buen año,
 Como se deja ver por tu semblante,
 Cuando á mí, más pujante,
 Más osado y sagaz, ¿viste suerte

Me tiene hecho retrato de la muerte.—
 El perro respondió:—Sin duda alguna
 Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
 Deja el bosque y el prado,
 Retírate á poblado;
 Servirás de portero
 A un rico caballero,



Sin otro afán ni más ocupaciones
 Que defender la casa de ladrones.—
 —Acepto desde luego tu partido,
 Que para mucho más estoy curtido.
 Así me libraré de la fatiga,
 A que el hambre me obliga,
 De andar por montes, sendeando peñas,
 Trepano riscos y rompiendo breñas,
 Sufriendo de los tiempos los rigores,
 Lluvias, nieves, escarchas y calores.—
 A paso diligente

Marchaban juntos amigablemente,
Tratando varios puntos de confianza,
Pertenecientes á llenar la panza.
 En esto el lobo, por algún recelo
 Que comenzó á turbarle su consuelo,
 Mirando al perro, dijo:—He reparado
 Que tienes el pescuezo algo pelado.
 Dime: ¿qué es eso?—Nada.—
 —Dímelo, por tu vida, camarada.—
 —No es más que la señal de la cadena;
 Pero no me da pena,
 Pues aunque por inquieto
 A ella estoy sujeto,
 Me sueltan cuando comen mis señores.
 Recíbenme á sus pies con mil amores,
 Ya me tiran el pan, ya la tajada,
 Y todo aquello que les desagrada;
 Este lo mal asado;
 Aquél un hueso poco descarnado,
 Y aun un glotón, que todo se lo traga,
 A lo menos me halaga,
 Pasándome la mano por el lomo:
 Yo meneo la cola, callo y como.—
 —Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
 Pero por fin y postre, tú estás preso.
 Jamás sales de casa,
 Ni puedes ver lo que en el pueblo pasa.
 ¿Es así? Pues, amigo,
 La amada libertad que yo consigo
 No he de trocarla de manera alguna
 Por tu abundante y próspera fortuna.
 Marcha, marcha á vivir encarcelado:
 No serás envidiado
 De quien pasea el campo libremente,
 Aunque tú comas tan glotonamente
 Pan, tajadas y huesos, porque al cabo
No hay bocado en sazón para un esclavo.



LIBRO SEXTO

FABULA PRIMERA

El Pastor y el Filósofo

De los confusos pueblos apartado,
Un anciano pastor vivió en su choza,
En el feliz estado en que se goza
Existir ni envidioso ni envidiado.
No turbó con cuidados la riqueza
A su tranquila vida,
Ni la extremada mísera pobreza
Fué del dichoso anciano conocida.
Empleado en su labor gustosamente,
Envejeció: sus canas, su experiencia

Y su virtud, le hicieron finalmente
 Respetable varón, hombre de ciencia.
 Voló su grande fama por el mundo,
 Y llevado de nueva tan extraña,
 Acercóse un filósofo profundo
 A la humilde cabaña,
 Y preguntó al pastor:—Dime: ¿en qué escuela
 Te hiciste sabio? ¿Acaso te ocupaste
 Largas noches leyendo á la candela?
 ¿A Grecia y Roma sabias observaste?
 ¿Sócrates refinó tu entendimiento?
 ¿La ciencia de Platón has tú medido?
 ¿O pesaste de Tulio el gran talento?
 ¿O tal vez, como Ulises, has corrido
 Por ignorados pueblos y confusos,
 Observando costumbres, leyes y usos?—
 —Ni las letras seguí, ni como Ulises
 (Humildemente respondió el anciano)
 Discurrí por incógnitos países:
 Sé que el género humano
 En la escuela del mundo lisonjero
 Se instruye en la doblez y la patraña.
 Con la ciencia que engaña,
 ¿Quién podrá hacerse sabio verdadero?
 Lo poco que yo sé, me lo ha enseñado
 Naturaleza en fáciles lecciones;
 Un odio firme al vicio me ha inspirado,
 Ejemplos de virtud da á mis acciones.
 Aprendí de la abeja lo industrioso,
 Y de la hormiga, que en guardar se afana,
 A pensar en el día de mañana;
 Mi mastín, el hermoso
 Y fiel sin semejante,
 De gratitud y lealtad constante
 Es el mejor modelo;
 Y si acierto á copiarle, me consuelo.
Si mi nupcial amor lecciones toma.

Las encuentra en la cándida paloma.
La gallina á sus pollos abrigando
 Con sus piadosas alas como madre,
 Y las sencillas aves aun volando,
 Me prestan reglas para ser buen padre.
 Sabia Naturaleza, mi maestra,
 Lo malo y lo ridículo me muestra,
 Para hacérmelo odioso:
 Jamás hablo á las gentes
 Con aire grave, tono jactancioso;
 Pues saben los prudentes
 Que, lejos de ser sabio el que así hable,
 Será un buho solemne, despreciable.
 Un hablar moderado,
 Un silencio oportuno
 En mis conversaciones he guardado;
 El hablador molesto é importuno
 Es digno de desprecio:
 Quien escuche á la urraca será un necio.
 A los que usan la fuerza y el engaño
 Para el ajeno daño,
 Y usurpan á los otros su derecho,
 Les debe aborrecer un noble pecho.
 Unanse con los lobos en la caza,
 Con milanos y halcones,
 Con la maldita serpentina raza,
 Caterva de carnívoros ladrones.
 Mas ¡qué dije! los hombres tan malvados
 Ni aun merecen tener estos aliados.
 No hay dañino animal tan peligroso
 Como el usurpador y el envidioso.
 Por último, en el libro interminable
 De la Naturaleza, yo medito:
 En todo lo creado es admirable;
 Del ente más sencillo y pequeñito,
 Una contemplación profunda alcanza
 Los más preciosos frutos de enseñanza.—

—Tu virtud acredita, buen anciano
 (El filósofo exclama),
 Tu ciencia verdadera y justa fama.
 Vierte el género humano
 En sus libros y escuelas sus errores;
 En preceptos mejores
 Nos da Naturaleza su doctrina.
*Así, quien sus verdades examina
 Con la meditación y la experiencia,
 Llegará á conocer virtud y ciencia.*

FABULA II

El Hombre y la Fantasma.

Un joven licenciado
 Se hallaba en un estado vergonzoso
 Con sus males secretos retirado;
 En soledad, doliente, exasperado.
 Cavila, llora, canta, jura, reza,
 Como quien ha perdido la cabeza.
 —¿Te falta la salud? Pues, caballero,
 De todo tu dinero,
 Nobleza, juventud y poderío,
 Sábetete que me río:
 Trata de recobrarla, pues perdida
 ¿De qué sirven los bienes de la vida?—
 Todo esto una fantasma le previno
 Y al instante se fué como se vino.
 El enfermo se cuida, se repone,
 Un nuevo plan de vida se propone.
 En efecto, se casa,
 Cércanle los cuidados de la casa,
 Que se van aumentando de hora en hora;
 La mujer (Dios nos libre), gastadora
 Tan mucho más que rica.

Los hijos y las deudas multiplica;
 De modo que el marido,
 Más que nunca aburrido,
 Se puso sobre un pie de economía
 Que, estrechándola más de día en día,
 Al fin se enriqueció con opulencia.
 La fantasma le dice:—En mi conciencia
 Que te veo amarillo como el oro.
 Tienes tu corazón en el tesoro:
 Miras sobre tu pecho acongojado
 El puñal del ladrón enarbolado:
 Las noches pasas en mortal desvelo:
 ¿Y así quieres vivir?... ¡Qué desconsuelo!—
 El hombre, como caso milagroso,
 Se transformó, de avaro, en ambicioso.
 Llegó dentro de poco á la privanza;
 El señor don Dinero, ¿qué no alcanza?
 La fantasma le muestra claramente
 Un falso confidente,
 Cien traidores amigos
 Que quieren ser autores y testigos
 De su pronta caída.
 Resuélvese á dejar aquella vida,
 Y, ya desengañado,
 En los campos se mira retirado.
 Buscaba los placeres inocentes
 En las flores y frutas diferentes.
 ¿Quieren ustedes creer (esto me pasma)
 Que aun allí le persigue la fantasma?
 —Los insectos, los hielos y los vientos,
 Todos los elementos
 Y las plagas de todas estaciones,
 Han de ser en el campo tus ladrones,—
 ¿Pues adónde irá el pobre caballero?

*Digo que es un solemne majadero
 Todo aquel que pretende
 Vivir en este mundo sin su duende.*



FÁBULA III

El Jabali y el Carnero.

De la rama de un árbol un carnero
Degollado pendía:

En él á sangre fría

Cortaba el remangado carnicero.

El rebaño inocente,

Que el trágico espectáculo miraba,

De miedo ni pacía ni balaba.

Un jabali gritó:—Cobarde gente,

Que miráis la carnívora matanza,

¿Cómo no os vengáis del enemigo?—

—Tendrá (dijo un carnero) su castigo,

Mas no de nuestra parte la venganza.

La piel, que atanca con sus propias manos

Sirve para los pleitos y la guerra,
 Las dos mayores plagas de la tierra
 Que affigen á los míseros humanos.
 Apenas nos desuellan, se destina
 Para hacer pergaminos y tambores.
 Mira cómo los hombres malhechores
 Labran en su maldad su propia ruina.



FÁBULA IV

La Mujer, el Raposo y el Gallo.

Con las orejas gachas
 Y la cola entre piernas,
 Se llevaba un raposo
 Un gallo de la aldea,
 Muchas gracias al alba,
 Que pudo ver la fiesta
 Al salir de su casa

Juana la madruguera,
Como una loca grita:
 — ¡Vecinos, que le lleva!
 ¡Que es el mío, vecinos! —
 Oye el gallo las quejas,
 Y le dice al raposo:
 — Dila que no nos mienta,
 Que soy tuyo, y muy tuyo. —
 Volviendo la cabeza,
 Le responde el raposo:
 — Oyes, gran embustera,
 No es tuyo, siro mío,
 Él mismo lo confiesa. —
 Mientras esto decía,
 El gallo libre vuela,
 Y en la copa de un árbol
 Canta que se las pela.
 El raposo, burlado,
 Huyó: ¡quién lo creyera!
Yo, pues, á más de cuatro
Muy zorros en sus tretas,
Por hablar á destiempo
Les vi perder la presa.

FÁBULA V

El Filósofo y el Rústico.

La del alba sería
 La hora en que un filósofo salía
 A meditar al campo solitario,
 En lo hermoso y lo vario
 Que á la luz de la aurora nos enseña
 Naturaleza, entonces más risueña.

Distráido, sin senda caminaba,
 Cuando llegó á un cortijo, donde estaba
 Con un martillo el rústico en la mano,
 En la otra un milano,
 Y sobre una portátil escalera.
 —¿Qué haces de esa manera?—
 El filósofo dijo



—Castigar á un ladrón de mi cortijo,
 Que en mi corral ha hecho más destrozos
 Que todos los ladrones en Torozos.
 Le clavo en la pared... Ya estoy contento;
 Sirva á toda su raza de escarmiento.—
 —El matador es digno de la muerte
 (El sabio dijo); mas si de esta suerte
 El milano merece ser tratado,
 ¿De qué modo será bien castigado
 El hombre sanguinario, cuyos dientes

Devoran á infinitos inocentes,
 Y cuenta como misera su vida
 Si no hace de cadáveres comida?
 Y aun tú, que así castigas los delitos,
 Cenarías anoche tus pollitos.—
 —Al mundo le encontramos de este modo
 (Dijo airado el patán); y sobre todo,
 Si lo mismo son hombres que milanos,
 Guárdese no le pille entre mis manos.—
 El sabio se dejó de reflexiones.
 * *Al tirano le ofenden las razones
 Que demuestran su orgullo y tiranía,
 Mientras por su sentencia, cada día
 Muere (viviendo él mismo impunemente)
 Por menores delitos otra gente.*

FÁBULA VI

La Pava y la Hormiga.

Al salir con las yuntas
 Los criadós de Pedro,
 El corral se dejaron
 De par en par abierto.
 Todos los pavipollos
 Con su madre se fueron,
 Aquí y allí picando
 Hasta el cercano otero.
 Muy contenta la pava
 Decía á sus polluelos:
 —Mirad, hijos, el rastro
 De un copioso hormiguero.
 Ea; comed hormigas,
 Y no tengáis recelo,

Que yo también las como;
 Es un sabroso cebo.
 Picad, queridos míos.
 ¡Oh qué días los nuestros,
 Si no hubiese en el mundo
 Malditos cocineros!
 Los hombres nos devoran,
 Y todos nuestros cuerpos
 Humean en las mesas
 De nobles y plebeyos.
 A cualquier fiestecilla
 Ha de haber pavos muertos.
 ¡Qué pocas Navidades
 Contaron mis abuelos!
 ¡Oh glotones humanos,
 Crueles carniceros!—
 Mientras tanto una hormiga
 Se puso en salvamento
 Sobre un árbol vecino,
 Y gritó con denuedo:
 —¡Hola! ¿Conque los hombres
 Son crueles, perversos?
 ¿Y qué seréis los pavos?
 ¡Ay de mí! Ya lo veo:
 A mis tristes parientes,
 ¡Qué digo! á todo el pueblo,
 Sólo por desayuno
 Os lo vais engullendo.—
 No respondió la pava
 Por no saber un cuento
 Que era entonces del caso
 Y ahora viene á pelo:
 Un gusano roía
 Un grano de centeno;
 Viéronlo las hormigas:
 ¡Qué gritos! ¡Qué aspavientos!
 Aquí fué Troya (dicen).

Muere, pícaro perro.
 Y ellas, ¿qué hacían? Nada:
 Robar todo el granero.

*Hombres, pavos, hormigas,
 Seg'n estos ejemplos,
 Cada cual en su libro
 Esta moral tenemos.
 La falta leve en otro
 Es un pecado horrendo;
 Pero el delito propio
 No más que pasatiempo.*



FÁBULA VII

El Enfermo y la Visión.

—¡Conque de tus recetas exquisitas
 (Un enfermo exclamó) ninguna alcanza!... —
 El médico se fué sin esperanza,

Contando por los dedos sus visitas.

Así desengañado,

Y creciendo por horas su dolencia,
De este modo examina su conciencia:

—En todos mis contratos he logrado

(No lo niego) ganancia muy segura;

Trabajé en calcular mis intereses.

Aumenté mi caudal en pocos meses

Más por felicidad que por usura.

Sin rencor ni malicia

Hice que á mi deudor pusieran preso.

Murió pobre en la cárcel, lo confieso,

Mas, en fin, es un hecho de justicia.

Si por cierto instrumento

Reduje una familia muy honrada

A pobreza extremada,

Algún día leerán mi testamento.

Entonces (muerto yo) se hará patente

En la tierra, lo mismo que en el cielo,

Para alivio de pobres y consuelo,

Mi caridad ardiente.—

Una visión se acerca, y dice:—Hermano,

La esperanza condeno

Del que aguarda á morir para ser bueno.

Una acción de piedad está en tu mano.

Tus prójimos, según sus oraciones,

Están necesitados:

Para ser remediados

Han menester siquiera cien doblones.—

—¡Cien doblones! ¡No es nada!

Y si, porque Dios quiera, no me muero,

Y despues me hace falta ese dinero,

¿Sería caridad bien ordenada?—

—Avaro, ¿te resistes? Pues al cabo

Te anuncio que tu muerte está cercana.—

—¿Me muero? Pues que esperen á mañana.—

La visión se volvió sin un ochavo.

FÁBULA VIII

El Camello y la Pulga.

Al que ostenta valimiento
 Cuando su poder es tal
 Que ni influye en bien ni en mal,
 Le quiero contar un cuento:

En una larga jornada,
 Un camello muy cargado,
 Exclamó ya fatigado:
 —¡Oh qué carga tan pesada!—
 Doña Pulga, que montada
 Iba sobre él, al instante
 Se apea, y dice arrogante:
 —Del peso te libro yo.—
 El camello respondió:
 —Gracias, señor elefante.

FÁBULA IX

El Cerdo, el Carnero y la Cabra.

Poco antes de morir un corderillo
 Lame alegre la mano y el cuchillo
 Que han de ser de su muerte el instrumento
 Y es feliz hasta el último momento.
 Así, cuando es el mal inevitable,
 Es, quien menos prevé, más envidiable;
 Bien oportunamente mi memoria
 Me presenta el lechón de cierta historia:
 Al mercado llevaba un carretero
 Un marrano, una cabra y un carnero.
 Con perdón, el cochino

Clamaba sin cesar en el camino:

—¡Esta sí que es miseria!

Perdido soy, me llevan á la feria:—

Así gritaba; mas ¡con qué gruñidos!

No dió en su esclavitud tales gemidos

Hécuba la infelice.

El carretero al gruñidor le dice:

—¿No miras al carnero y á la cabra,

Que vienen sin hablar una palabra?—

—¡Ay, señor (le responde), ya lo veo!

Son tontos y no piensan. Yo preveo

Nuestra muerte cercana.

A los dos, por la leche y por la lana,

Quizá no matarán tan prontamente;

Pero á mí, que soy bueno solamente

Para pasto del hombre, no lo dudo,

Mañana comerán de mi menudo.

¡Adiós, pocilga; adiós, gamella mía!—

Sutilmente su muerte preveía.

Mas ¿qué lograba el pensador marrano?

Nada, sino sentirla de antemano.

El dolor ni los ayes, es seguro

Que no remediarán el mal futuro

FÁBULA X

El León, el Tigre y el Caminante.

Entre sus fieras garras oprimía

Un tigre á un caminante.

Los tristes quejidos, al instante

Un león acudió con bazarria.

Lucha, vence á la fiera, y lleva al hombre

A su regia caverna.—Toma aliento

(Le decía el león); nada te asombre:

Soy tu libertador, estáme atento:

¡Habrá bestia sa nuda y enemiga
 Que se atreva   mi fuerza incomparable?
 Tú puedes responder,   que lo diga
 Esa pintada fiera despreciable.
 Yo, yo solo, monarca poderoso,
 Domino en todo el bosque dilatado.
  Cu ntas veces la onza, y aun el oso,
 Con su sangre el tributo me han pagado!



Los despojos de pieles y cabezas,
 Los huesos que blanquean este piso,
 Dan el más claro aviso
 De mi valor sin par y mis proezas. —
 —Es verdad, dijo el hombre, soy testigo:
 Los triunfos miro de tu fuerza airada;
 Contemplo   tu nación amedrentada;
 Al librarme, venciste   mi enemigo.
 En todo esto, señor (con tu licencia),
 Sólo es digna del trono tu clemencia.
 S  benéfico, amable,
 En lugar de despótico tirano;

Porque, señor, es llano
 Que el monarca será más venturoso
 Cuando hiciere á su pueblo más dichoso.—
 —Con razón has hablado,
 Y ya me causa pena
 El haber yo buscado
 La propia gloria en la desdicha ajena.
 En mis jóvenes años
 El orgullo produjo mil errores,
 Que me los ha encubierto con engaños
 Una corte servil de aduladores.
*Ellos me aseguraban de concierto
 Que por el mundo todo
 No reinan los humanos de otro modo.
 Tú lo sabrás mejor: dime, ¿y es cierto?*

FÁBULA XI

La Muerte.

Pensaba en elegir la reina Muerte
 Un ministro de Estado:
 Le quería de suerte
 Que hiciese floreciente su reinado.
 —El Tabardillo, Gota, Pulmonía
 Y todas las demás enfermedades
 Yo conozco (decía),
 Que tienen excelentes cualidades.
 Mas ¿qué importa? La Peste, por ejemplo,
 Un ministro sería sin segundo;
 Pero ya por inútil la contemplo
 Habiendo tanto médico en el mundo.
 Uno de éstos elijo... Mas no quiero,
 Que están muy bien premiados sus servicios
 Sin otra recompensa que el dinero.—
 Pretendieron la plaza algunos vicios.

Alegando en su abono mil razones:
 Consideró la Reina su importancia,
 Y después de maduras reflexiones
 El empleo ocupó la Intemperancia.

FÁBULA XII

El Amor y la Locura.

Habiendo la Locura
 Con el Amor reñido,
 Dejó ciego de un golpe
 Al miserable niño.
 Venganza pide al cielo
 Venus; mas ¡con qué gritos!
 Era madre y esposa;
 Con esto queda dicho.
 Queréllase á los dioses,
 Presentando á su hijo:
 —¡De qué sirven las flechas,
 De qué el arco á Cupido,
 Faltándole la vista
 Para asestar sus tiros!
 Quitensele las alas
 Y aquel ardiente cirio,
 Si á su luz ser no pueden
 Sus vuelos dirigidos. —

Atendiendo á que el ciego
 Siguiese su ejercicio
 Y á que la delincuente
 Tuviese su castigo,
 Júpiter, presidente
 De la Asamblea, dijo:
 —Ordeno á la Locura
 Desde este instante mismo
 Que eternamente sea
 De Amor el lazarillo.



LIBRO SEPTIMO

FABULA PRIMERA

El Raposo enfermo.

El tiempo, que consume de hora en hora
Los fuertes murallones elevados,
Y lo mismo devora
Montes agigantados,
A un raposo quitó de día en día
Dientes, fuerza, valor, salud; de suerte,
Que él mismo conocía
Que se hallaba en las garras de la muerte.
Cercado de parientes y de amigos,
Dijo con trémula voz y lastimera:
—¡Oh vosotros, testigos
De mi hora postrera!
Atentos escuchad un desengaño:
Mis ya pasadas culpas me atormentan.
Ahora, conjuradas en mi daño,
¿No véis cómo á mi lado se presentan?

Mirad, mirad los gansos inocentes,
 Con su sangre teñidos,
 Y los pavos en partes diferentes
 Al furor de mis garras divididos.
 Apartad esas aves que aquí veo
 Y me piden sus pollos devorados;
 Su infernal cacareo

Me tiene los oídos penetrados.—
 Los raposos le afirman con tristeza
 (No sin lamerse labios y narices):
 —Tienes debilitada la cabeza.

Ni una pluma se ve de cuanto dices.
 Bien lo puedes creer, que si se viese...—
 —¡Oh glotones! callad, ya os entiendo
 (El enfermo exclamó): ¡si yo pudiese
 Corregir las costumbres, cual pretendo!
 ¿No sentís que los gustos,
 Si son contra la paz de la conciencia,
 Se cambian en disgustos?

Tengo de esta verdad gran experiencia.
 Expuestos á las trampas y á los perros,
 Matáis y perseguís á todo trapo
 En la aldea gallinas, y en los cerros
 Los inocentes lomos del gazapo.
 Moderad, hijos míos, las pasiones:
 Observad vida quieta y arreglada,
 Y con buenas acciones

Ganaréis opinión muy estimada.—
 —Aunque nos convirtamos en corderos
 (Le respondió un oyente sentencioso),
 Otros han de robar los gallineros
 A costa de la fama del raposo.
 Jamás se cobra la opinión perdida;
 Esto es lo uno; mas ¿usted pretende
 Que mudemos de vida?

Quien malas mañan ha, ya usted me entiende—
 —Sin embargo, hermanito, ~~es~~ crea...

(El enfermo le dijo.) Mas ¡qué sientos!
 ¿No oís que una gallina cacarea?—
 Esto sí que no es cuento.
 ¡Adiós, sermón! Escápase la gente.
 El enfermo orador esfuerza el grito:
 —¿Os vais, hermanos? Pues tened presente
 Que no me haría daño algún pollito.

FÁBULA II

Las exequias de la Leona.

En su regia caverna inconsolable
 El rey león yacía,
 Porque en el mismo día
 Murió (¡cruel dolor!) su esposa amable.
 A palacio la corte toda llega,
 Y en fúnebre aparato se congrega.
 En la cóncava gruta resonaba
 Del triste rey el doloroso llanto.
 Allí los cortesanos entretanto
 También gemían, porque el rey lloraba:
 Que si el viudo monarca se riera,
 La corte lisonjera
 Trocara en risa el lamentable paso.
 Perdona la difunta, voy al caso.
 Entre tanto sollozo,
 El ciervo no lloraba (¡yo lo creo!)
 Porque, lleno de gozo,
 Miraba ya cumplido su deseo.
 La tal reina le había devorado
 Un hijo y la mujer al desdichado.
 El ciervo, en fin, no llora;
 El concurso lo advierte,
 El monarca lo sabe, y en la hora

Ordena con furor darle la muerte.
 —¿Cómo podré llorar (el ciervo dijo),
 Si apenas puedo hablar de regocijo?
 Ya disfruta, gran rey, más venturosa
 Los Elisëos Campos vuestra esposa.
 Me lo ha revelado á la venida,
 Muy cerca de la gruta aparecida;
 Me mandó lo callase algún momento,
 Porque gusta mostréis el sentimiento.—
 Dijo así; y el concurso cortesano
 Aclamó por milagro la patraña.
 El ciervo consiguió que el soberano
 Cambiase en amistad su fiera saña.

*Los que en la indignación han incurrido
 De los grandes señores,
 A veces su favor han conseguido
 Con ser aduladores.
 Mas no por esto advierto
 Que el medio sea justo; pues es cierto
 Que á más príncipes vicia
 La adulación servil que la malicia.*

FÁBULA III

El Poeta y la Rosa.

Una fresca mañana
 En el florido campo
 Un poeta buscaba
 Las delicias de Mayo.
 Al peso de las flores
 Se inclinaban los ramos,
 Como para ofrecerse
 Al huésped solitario.
 Una rosa lozana,
 e Movidá al aire blando

Le llama, y él se acerca,
 La toma, y dice ufano:
 —Quiero, rosa, que vayas,
 No más que por un rato,
 ▲ que la hermosa Clori
 Te reciba en su mano.
 Mas no, no, pobrecita,
 Que si vas á su lado,



Tendrás de su hermosura
 Unos celos amargos:
 Tu suave fragancia,
 Tu color delicado,
 El verdor de tus hojas
 Y tus pimpollos caros,
 Entre estas florecillas
 Pueden ser alabados;
 Mas junto á Clori bella,
 Es locura pensarlo.
 Marchita, cabizbaja,

**Te irías deshojando,
Hasta parar tu vida
En un desnudo cabo.—**

La rosa, que hasta entonces
No desplegó sus labios,
Le dijo resentida:
—Poeta chabacano,
Cuando á un héroe quieras
Coronar con el lauro,
Del jardín de sus hechos
Has de cortar los ramos.
Por labrar su corona
No es justo que tus manos
Desnuden otras sienes
Que la virtud y el mérito adornaron.

FABULA IV

El Buzo y el Hombre.

Vivía en un granero retirado
Un reverendo buho, dedicado
A sus meditaciones,
Sin olvidar la caza de ratones.
Se dejaba ver poco, mas con arte:
Al Gran Turco imitaba en esta parte.
El dueño del granero,
Por azar advirtió que en un madero
El pájaro nocturno
Con gravedad estaba taciturno.
El hombre lo miraba, se reía:
—¡Qué carita de Pascua! le decía:
¿Puede haber más ridículo visaje?
¡Vaya, que eres un raro personaje!
¿Por qué no has de vivir alegremente
Con la pájara gente,

Seguir desde la aurora

A la turba canora

De jilgueros, calandrias, ruiseñores,
Por valles, fuentes, árboles y flores?—

—Piensas á lo vulgar: eres un necio
(Dijo el solemne buho con desprecio):

Mira, mira, ignorante,

A la sabiduría en mi semblante.

Mi aspecto, mi silencio, mi retiro,

Aun yo mismo lo admiro:

Si rara vez me digno, como sabes,

De visitar la luz, todas las aves

Me siguen y rodean: desde luego

Mi mérito conocer. no lo niego.—

—¡Ah tonto presumido!

(El hombre dijo así): ten entendido

Que las aves, muy lejos de admirarte,

Te siguen y rodean por burlarte:

De ignorante orgulloso te motejan,

Como yo á aquellos hombres que se alejan

Del trato de las gentes,

Y con extravagancias diferentes

Han llegado á doctores en la ciencia

De ser sabios no más que en apariencia.—

De esta suerte de locos

Hay hombres como buhos, y no pocos.

FÁBULA V

La Mona.

Subió una mona á un nogal,
Y cogiendo una nuez verde,
En la cáscara la muerde,
Con que le supo muy mal:
Arrojóla el animal,

Y se quedó sin comer.

Así suele suceder

A quien su empresa 'abandona,

Porque halla, como la mona,

Al principio que vencer.

FABULA VI

Esopo y un Atenlense.

Cercado de muchachos

Y jugando á las nueces,

Estaba el viejo Esopo

Más que todos alegre.

—¡Ah, pobre! ya chochea—

(Le dijo un ateniense.)

En respuesta el anciano

Coge un arco que tiene

La cuerda floja, y dice:

—Ea, si es que lo entiendes,

Dime: ¿qué significa

El arco de esta suerte?—

Lo examina el de Atenas

Piensa, cavila, vuelve,

Y se fatiga en vano,

Pues que no lo comprende.

El Frigio, victorioso,

Le dijo:—Amigo, advierte

Que romperás el arco

Si está tirante siempre;

Si flojo, ha de servirte

Cuando tú lo quisieres.

Si al ánimo estudioso

Algún recreo dieres,

Volverá á sus tareas

Mucho más útilments

FÁBULA VII

Demetrio y Menandro.

*Si te falta el buen nombre,
Fabio, en vano presumes
Que en el mundo te tengan por gran hombre
Sin más que por tus galas y perfumes.*

Demetrio el Faleriano se apodera
De Atenas; y aunque fué con tiranía,
De agradable manera
Los del vulgo le aclaman á porfía.
Los grandes y los nobles distinguidos
Con fingido placer la mano besan
Que los tiene oprimidos.
Aun á los que en el ocio se embelesan,
Y á la poltrona gente
Los arrastra el temor al cumplimiento;
Con ellos va Menandro juntamente,
Dramático escritor de gran talento
Cuyas obras leyó sin conocerle
Demetrio: con perfumes olorosos
Y pasos afectados entra. Al verle
Llegar entre los tardos perezosos,
El nuevo Arconte prorrumpió enojado:
—¿Con qué valor se pone en mi presencia
Ese hombre afeminado?—
—Señor (le respondió la concurrencia),
Es Menandro, el autor.—Al punto mudó
De semblante el tirano;
Al escritor saluda,
Y con grata expresión le da la mano.

FÁBULA VIII

Las Hormigas.

Lo que hoy las hormigas son,
 Eran los hombres antaño.
 De lo propio y de lo extraño
 Hacían su provisión.
 Júpiter, que tal pasión
 Notó de siglos atrás,
 No pudiendo aguantar más,
 En hormigas las transforma.
Ellos mudaron de forma.
¿Y de costumbres? Jamás.

FABULA XI

Los gatos escrupulosos.

A las once y aún más de la mañana,
 La cocinera Juana,
 Con pretexto de hablar á la vecina,
 Se sale, cierra, y deja en la cocina
 A *Micifuz* y *Zapiron* hambrientos.
 Al punto (pues no gastan cumplimientos
 Gatos enhambrecidos)
 Se avanzan á probar de los cocidos.
 —¡Ful dijo *Zapiron*. ¡Maldita olla!
 ¡Cómo abrasa! Veamos esa polla
 Que está en el asador, lejos del fuego.—
 Ya también escaldado, desde luego
 Se arrima *Micifuz*, y en un instante

Muestra cada trinchante

Que en el arte cisorio, sin gran pena,
Pudiera dar lecciones á Villena.

Concluído el asunto,

El señor *Micifuz* tocó este punto:

Utrum, si se podía ó no, en conciencia

Comer el asador.—¡Oh qué demencia!

(Exclamó *Zapirón* en altos gritos.)



¡Cometer el mayor de los delitos!

¿No sabes que el herrero

Ha llevado por él mucho dinero,

Y que, si bien la cosa se examina,

Entre la batería de cocina

No hay un mueble más serio y respetable?

Tu pasión te ha engañado, miserable.—

Micifuz, en efecto,

Abandonó el proyecto;

Pues eran los dos gatos

De suerte timoratos,

Que si el diablo, tentando sus pasiones,
 Les pudiese asadores á millones
 (No hablo yo de las pollas), ó me engaño,
 O no comieran uno en tode el año.

De otro modo.

¡Qué dolor! Por un descuido
Micifuz y Zapirón
 Se comieron un capón
 En un asador metido.
 Después de haberse lamido,
 Trataron en conferencia
 Si obrarian con prudencia
 En comerse el asador.
¿Le comieron? ¡No señor!
Era caso de conciencia.

FÁBULA X

El Águila y la Asamblea de los animales.

Todos los animales cada instante,
 Se quejaban á Júpiter Tonante
 De la misma manera
 Que si fuese un alcalde de montera.
 El dios (y con razon) amostazado,
 Viéndose importunado,
 Por dar fin de una vez á las querellas,
 En lugar de sus rayos y centellas,
 De receptor envía desde el cielo
 Al águila rapante, que de un vuelo
 En la tierra juntó á los animales,

Y expusieron, en suma, cosas tales:
 Pidió el león la astucia del raposo;
 Éste de aquél lo fuerte y valeroso;
 Envidia la paloma al gallo fiero;
 El gallo á la paloma en lo ligero;
 Quiere el sabueso patas más felices,
 Y cuenta como nada sus narices;
 El galgo lo contrario solicita;
 Y en fin (¡cosa inaudita!)
 Los peces, de las ondas ya cansados,
 Quieren poblar los bosques y los prados;
 Y las bestias, dejando sus lugares,
 Surcar las olas de los anchos mares.

Después de oirlo todo,
 El águila concluye de este modo:
 —¿Ves, maldita caterva impertinente,
 Que entre tanto viviente
 De uno y otro elemento,
 Pues nadie está contento,
 No se encuentra feliz ningún destino?
 ¿Pues para qué envidiar el del vecino?—
 Con sólo este discurso,
 Aun el bruto mayor de aquel concurso
 Se dió por convencido.

*De modo que es sabido
 Que ya sólo se matan los humanos
 En envidiar la suerte á sus hermanos.*

FABULA XI

La Paloma.

Un pozo pintado vió
 Una paloma sedienta;
 Tiróse á él tan violenta,
 Que contra la tabla dió.

Del golpe al suelo cayó,
Y allí muere de contado.

*De su apetito guiado
Por no consultar al juicio,
Ast uela al precipicio
El hombre desenfrenado.*



FÁBULA XII

El Chivo aseltado.

¡Vaya una quisicosa!
Si aciertas, Juana hermosa,
Cuál es el animal más presumido,
Que rabia por hacerse distinguido
Entre sus semejantes,
Te he de regalar un par de guantes.

No es el pavo, ni el gallo,
 Ni el león, ni el caballo,
 Y así, no te fatigues con demandas
 —¿Será tal vez... el mono?— Cerca le ~~andás...~~
 —¿El mico?...— ¡Que te quemas!
 Pero no acertarás, no, no lo temas.
 Déjalo, no te canses el caletre.
 Yo te diré cuál es: ¡ *Petimetre*.
 Este vano orgulloso
 Pierde tiempo, doblones y reposo
 En hacer distinguida su figura.
 No pára en los adornos su locura:
 Hace estudio de gestos y de acciones
 A costa de violentas contorsiones.
 De perfumes va siempre prevenido;
 No quiere olér á hombre ni en descuido.
 Que mire, marche ó hable,
 En todo busca hacerse *remarcable*.
 ¿Y qué consigue? Lo que todo necio:
 Cuanto más se distingue, más desprecio.
 En la historia siguiente yo me fundo:
 Un chivo, como muchos en el mundo,
 Vano extremadamente,
 Se miraba al espejo de una fuente.
 —¡Qué lástima, decía,
 Que esté mi juventud y lozanía
 Por siempre disfrazada
 Debajo de esta barba tan poblada!
 ¿Y cuándo? Cuando en todas las naciones
 No tienen ni aun bigotes los varones;
 Pues ya cuentan que son los moscovitas
 Si barbones ayer, hoy señoritas.
 ¡Qué cabrunos estilos tan grosorosos!
 A bien que estoy en tierra de barberos.—
 La historia fué en Tetuán, y todo el día
 La barberil guitarra se sentía;
 El chivo fué, guiado de su tono,

A la tienda de un mono,
Barberillo afamado,
Que afeitó al señorito de contado.
Sale barbilampiño á la campaña;
Al ver una figura tan extraña,
No hubo perro ni gato
Que no le hiciese burla al mentecato.
Los chivos le desprecian, de manera
Que no hay más que decir. ¡Quién lo creyera!
Un respetable macho
Dicen que se rió como un muchacho.



LIBRO OCTAVO

FÁBULA PRIMERA

El Naufragio de Simónides.

Á ELISA

En tanto que tus vanas compañ
Cercadas de galanes seductores,
Escuchan placenteras
En la escuela de Venus los amore
Elisa, retirada te contemplo,
De la diosa Minerva al sacro templo.
Ni eres menos donosa,
Ni menos agraciada
Que Clori, ponderada
De gentil y de hermosa;
Pues, Elisa divina, ¿por que quieres
Huir en tu retiro los placeres?
¡Oh sabia! ¡Qué bien haces
En estimar ea poco la hermosa,
Los placeres fugaces,
El bien que sólo dura
Como rosa en el ábrego marchita!
Tu prudencia infinita
Busca el sólido bien y permanente
En la virtud y ciencia solamente.
Cuando el tiempo implacable, con presteza,

O los males tal vez inopinados,
 Se lleven la hermosura y gentileza,
 Con lágrimas estériles llorados
 Serán aquellos días que se fueron
 Y á juegos vanos tus amigas dieron;
 Pero á tu bien estable
 No hay tiempo ni accidente que consuma;
 Serás siempre feliz, siempre estimable.

Eres sabia, y, en suma,
 Este bien de la ciencia no perece.
 Oye cómo esta FÁBULA lo explica,
 Que mi respeto á tu virtud dedica:

Simónides en Asia se enriquece
 Cantando á justo precio los loores
 De algunos generosos vencedores.
 Este sabio poeta, con deseo
 De volver á su amada patria Ceo,
 Se embarca, y en la mar embravecida
 Fué la mísera nave sumergida.
 De la gente á las ondas arrojada
 Sale quien diestro náda;
 Y el que nadar no sabe,
 Fluctúa en las reliquias de la nave.
 Pocos llegan á tierra afortunados
 Con las náufragas tablas abrazados.
 Todos cuantos el oro recogieron,
 Con el peso abrumados perecieron.
 A Olecémone van: allí vivía
 Un varón literato, que leía
 Las obras de Simónides; de suerte
 Que, al conversar los náufragos, advierte
 Que Simónides habla, y en su estilo
 Le conoce, le presta todo asilo,
 De vestidos, criados y dineros:
 Pero á sus compañeros
 Les quedó solamente por sufragio
 Mendigar con la tabla del naufr



FÁBULA II

El Filósofo y la Pulga.

Meditando á sus solas cierto día
Un pensador filósofo, decía:
—El jardín, adornado de mil flores
Y diferentes árboles mayores,
Con su fruta sabrosa enriquecidos,
Tal vez entretejidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama,
Mostrando á todos lados
Las peras y racimos desgajados,
Es cosa destinada solamente
Para que la disfruten libremente
La oruga, el caracol, la mariposa.
No se persuaden ellos otra cosa.

Los pájaros sin cuento,
 Burlándose del viento,
 Por los aires sin dueño van girando;
 El milano cazando
 Saca la consecuencia:
 Para mí los crió la Providencia.
 El cangrejo, en la playa envanecido,
 Mira los anchos mares, persuadido
 A que las olas tienen por empleo
 Sólo satisfacerle su deseo;
 Pues cree que van y vienen tantas veces
 Por dejarle en la orilla ciertos peces.
 No hay (prosigue el filósofo profundo)
 Animal sin orgullo en este mundo.
 El hombre solamente
 Puede en esto alabarse justamente.
 Cuando yo me contemplo colocado
 En la cima de un risco agigantado,
 Imagino que sirve á mi persona
 Todo el cóncavo cielo de corona.
 Veo á mis pies los mares espaciosos
 Y los bosques umbrosos
 Poblados de animales diferentes;
 Las escamosas gentes,
 Los frutos y las fieras,
 Y las aves ligeras,
 Y cuanto tiene aliento
 En la tierra, en el agua y en el viento,
 Y digo finalmente: todo es mío:
 ¡Oh grandeza del hombre y poderío!—
 Una pulga, que oyó con gran cachaza
 Al filósofo maza,
 Dijo:—Cuando me miro en tus narices,
 Como tú sobre el risco que nos dices,
 Y contemplo á mis pies aquel instante
 Nada menos que al hombre dominante,
 Que manda en cuanto encierra

El agua, viento y tierra,
 Y que el tal poderoso caballero
 De alimento me sirve cuando quïero,
 Concluyo finalmente: todo es mío.
 ¡Oh grandeza de pulga y poderío!—
 Así dijo, y saltando se le ausenta.

*De este modo se afrenta
 Aun al más poderoso,
 Cuando se muestra vano y orgulloso.*



FÁBULA III

El Cazador y los Conejos.

Poco antes que esparciese
 Sus cabellos en hebras
 El rubicundo Apolo
 Por la faz de la tierra,

De cazador armado
 Al soto Fabio llega.
 Por el nudoso tronco
 De cierta encina vieja
 Sube para ocultarse
 En las ramas espesas.
 Los incautos conejos
 Alegres se le acercan:
 Uno, del verde prado
 Igualaba la hierba;
 Otro, cual jardinero,
 Las florecillas riega;
 El tomillo y romero
 Éste y aquél cercenan.
 Entretanto al más gordo
 Fabio su tiro asesta.
 Dispara, y al estruendo
 Se meten en sus cuevas
 Tan repentinamente,
 Que á muchos pareciera
 Que (salvo el muerto) á todos
 Se los tragó la tierra.
 Después de tanto espanto,
 ¿Habrá alguno que crea
 Que de allí á poco rato
 La tímida caterva,
 Olvidando el peligro,
 Al riesgo se presenta?
*Cosa extraña parece,
 Mas no se admiren de ella:
 ¿Acaso los humanos
 Hacen de otra manera?*

FÁBULA IV

El Filósofo y el Faisán.

Llevado de la dulce melodía
 Del cántico variado y delicioso
 Que en un bosque frondoso
 Las aves forman, saludando al día,
 Entró cierta mañana
 Un sabio en los dominios de Diána.
 Sus pasos esparcieron el espanto
 En la agradable estancia.
 Interrúmpese el canto;
 Las aves vuelan á mayor distancia.
 Todos los animales, asustados,
 Huyen delante de él precipitados,
 Y el filósofo queda
 Con un triste silencio en la arboleda.
 Marcha con cauto paso ocultamente;
 Descubre sobre un árbol eminente
 A un faisán rodeado de su cría,
 Que con amor materno la decía:
 —Hijos míos, pues ya que en mis lecciones
 Largamente os hablé de los milanos,
 De los buitres y halcones,
 Hoy hemos de tratar de los humanos.
 La oveja, en leche y lana,
 Da abrigo y alimento
 Para la raza humana;
 Y en agradecimiento
 A tan gran bienhechora,
 La mata el hombre mismo, y la devora
 A la abeja, que labra sus panales

Artificiosamente,
 La roba, come, vende sus caudales
 Y la mata en ejércitos su gente.
 ¿Qué recompensa, en suma,
 Consigue, en fin, el ganso miserable
 Por el precioso bien incomparable
 De ayudar á las ciencias con su pluma?
 Le da muerte temprana el hombre ingrato,
 Y hace de su cadáver un gran plato.
 Y pues que los humanos son peores
 Que milanos y azores
 Y que toda perversa criatura,
 Huiréis con horror de su figura.
 Así charló, y el hombre se presenta.
 —«¡Ese es!» grita la madre; y al instante
 La familia volante
 Se desprende del árbol y se ausenta.
 ¡Oh cómo habló el faisán! *Mas ¡qué dijera*
(El filósofo exclama) si supiera
Que en sus propios hermanos
La ingratitud ejercen los humanos!

FÁBULA V

El Zapatero médico.

Un inhábil y hambriento zapatero
 En la Corte por médico corría;
 Con un contraveneno que fingía,
 Ganó fama y dinero
 Estaba el Rey postrado en una cama
 De una grave dolencia:
 Para hacer la experiencia

Del talento del médico, le llama;
 El antídoto pide, y en un vaso
 Finge el Rey que lo mezcla con veneno;
 Se lo manda beber: el tal galeno
 Teme morir; confiesa todo el caso,
 Y dice que sin ciencia



Logró hacerse doctor de grande precio
 Por la credulidad del vulgo necio.
 Convoca el Rey al pueblo.—¡Qué demencia
 Es la vuestra (exclamó), que habéis fiado
 La salud francamente
 De un hombre á quien la gente
 Ni aun queria fiarle su calzado!
*Esto para los crédulos se cuenta,
 En quienes tiene el charlatán su renta.*

FÁBULA VI

El Murciélago y la Comadreja.

Cayó sin saber cómo
 Un murciélago á tierra,
 Y al instante le atrapa
 La lista comadreja.
 Clamaba el desdichado
 Viendo su muerte cerca.
 Ella le dice:—Muere,
 Que por naturaleza
 Soy mortal enemiga
 De todo cuanto vuela.
 El avechucho grita,
 Y mil veces protesta
 Que él es ratón, cual todos
 Los de su descendencia.
 Con esto (¡qué fortuna!)
 El preso se liberta.
 Pasado cierto tiempo,
 No sé de qué manera
 Segunda vez lo pillá:
 Él nuevamente ruega;
 Mas ella le responde
 Que Júpiter la ordena
 Tenga paz con las aves,
 Con los ratones guerra.
 —¿Soy yo ratón acaso?
 Yo creo que estás ciega.
 ¿Quieres ver cómo vuelo?
 En efecto, le deja,
Y, merced á su ingenio,

Libre el pájaro vuela.

Aquí aprendió de Esopo

La gente marinera,

Murciélagos que fingen

Pasaporte y bandera.

No importa que haya pocos

Ingleses comadrejas.

Tal vez puede de un riesgo

Sacarnos una treta.

FÁBULA VII

La Mariposa y el Caracol.

Aunque te haya elevado la Fortuna

Desde el polvo á los cuernos de la luna,

Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,

Tanto como eres grande, serás necio.

¡Qué! ¿Te irritas? ¿Te ofende mi lenguaje?

¿No se habla de ese modo á un personaje?

Pues haz cuenta, señor, que no me oíste,

Y escucha á un caracol; vaya de chiste:

En un bello jardín, cierta mañana

Se puso muy ufana

Sobre la blanca rosa,

Una recién nacida mariposa:

El sol resplandeciente,

Desde su claro oriente

Los rayos esparcía:

Ella á su luz las alas extendía,

Sólo porque envidiasen sus colores

Manchadas aves y pintadas flores.

Esta vana, preciada de belleza,

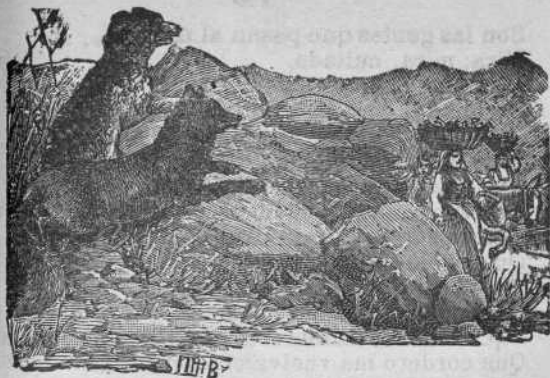
Al volver la cabeza,
 Vió muy cerca de sí, sobre una rama,
 A un pardo caracol. La bella dama,
 Irritada exclamó:—¿Cómo, grosero,
 A mi lado te acercas? Jardinero,
 ¿De qué sirve que tengas con cuidado
 El jardín cultivado,
 Y guarde tu desvelo
 La rica fruta del rigor del hielo
 Y los tiernos botones de las plantas,
 Si ensucia y come todo cuanto plantas
 Está el caracol, de baja esfera?
 ¿Mátale al instante, ó vaya fuera.—
 * — Quien ahora te oyese,
 Si no te conociese
 (Respondió el caracol), en mi conciencia
 Que pudiera temblar en tu presencia.
 Mas dime, miserable criatura,
 Que acabas de salir de la basura:
 ¿Puedes negar que aún no hace cuatro días
 Que gustosa solías
 Como humilde reptil andar conmigo,
 Y yo te hacía honor en ser tu amigo?
 ¿No es también evidente
 Que eres por línea recta descendiente
 De los orugas, pobres hilanderos,
 Que, mirándose en cueros,
 De sus tripas hilaban y tejían
 Un fardo, en que en invierno se metían,
 Como tú te has metido
 Y aún no hace cuatro días que has salido?
 Pues si éste fué tu origen y tu casa,
 ¿Por qué tu ventolera se propasa
 A despreciar un caracol honrado?
 * *El que tiene de cidrio su tejado,
 Esto logra de bueno
 Con tirar las pedradas al ajeno.*

FABULA VIII

Los dos Titiriteros.

Todo el pueblo admirado
 Estaba en una plaza amontonado,
 Y en medio se empinaba un titerero,
 Enseñando una bolsa sin dinero.
 —Pase de mano en mano, les decía:
 Señores, no hay engaño: está vacía.—
 Se la vuelven, la sopla, y al momento
 Derrama pesos duros. ¡Qué portento!
 Levántase un murmullo de repente,
 Cuando ven por encima de la gente
 Otro titiritero á competencia;
 Queda en expectación la concurrencia
 Con silencio profundo:
 Cesó el primero y empezó el segundo.
 Presenta de licor unas botellas;
 Algunos se arrojaron hacia ellas,
 Y al punto las hallaron transformadas
 En sangrientas espadas.
 Muestra un par de bolsillos de doblones;
 Dos personas, sin duda dos ladrones,
 Los echaron la garra muy ufanos,
 Y se ven dos cordeles en sus manos.
 A un relator cargado de procesos,
 Una letra le enseña de mil pesos.
 «Sople usted:» sopla el hombre apresurado,
 Y le cierra los labios un candado.
 A un abate arrimado á su cortejo,
 Le presenta un espejo,
 Y al mirar su retrato peregrino,
 Se vió con las orejas de pollino.

A un santero le manda
Que se acerque; le pilla la demanda,
Y allá con sus hechizos
Le convirtió en merienda de chorizos.
A un joven desenvuelto y rozagante
La regala un diamante:
Éste le dió á su dama, y en el punto
Pálido se quedó como un difunto;
Item más, sin narices y sin dientes.
Allí fué la rechifa de las gentes,
La burla y la chacota;
El primer titerero se alborota.
Dice por el segundo con denuedo:
—¡Ese hombre tiene un diablo en cada dedo,
Pues no encierran virtud tan peregrina
Los polvos de la madre Celestina!—
Que declare su nombre
El concurso le pide; y el buen hombre
Entonces, más modesto que un novicio,
Dijo:—No soy el diablo, sino el vicio.



FÁBULA IX

El Raposo y el Perro.

De un modo muy afable y amistoso,
El mastín de un pastor con un raposo
Se solía juntar algunos ratos,
Como tal vez los perros y los gatos
Con amistad se tratan. Cierta día
El zorro á su compadre le decía:
—Estoy muy irritado;
Los hombres por el mundo han divulgado
Que mi raza inocente (¡qué injusticia!)
Les anda circuncirca en la malicia.
¡Ah maldita canalla!
Si yo pudiera...—En esto el zorro calla,
Y erizado se agacha.—Soy perdido
(Dice), los cazadores he oído.
¿Qué me sucede?—Nada,
No temas (le responde el camarada):

Son las gentes que pasan al mercado.

Mira, mira, cuitado,

Marchar, haldas en cinta, á mis vecinas,
Coronadas con cestas de gallinas.—

—No estoy (dijo el raposo) para fiestas;

Vete con tus gallinas y tus cestas,

Y satiriza á otro. Porque sabes

Que robaron anoche algunas aves,

¿He de ser yo el ladrón?—En mi conciencia

Que hablé (dijo el mastín) con inocencia.

¡Yo pensar que has robado gallinero,

Cuando siempre te vi comc un cordero!—

—¡Cordero! exclama el zorro; no hay aguante;

Que cordero me vuelva en el instante

Si he robado el que falta en tu majada.—

—¡Hola! (concluye el perro): camarada,

El ladrón es usted, según se explica.

El estuche molar al punto aplica

Al misero raposo,

Para que así escarmiente el cosquilloso

Que de las fabulillas se resiente.

Si no estás inocente,

Dime, ¿por qué no bajas las orejas?

Y si acaso lo estás, ¿de qué te quejas?



LIBRO NOVENO

FÁBULA PRIMERA

El Gato y las Aves.

Charlatanes se ven por todos lados,
En plazas y en estrados,
Que ofrecen sus servicios (¡cosa rara!)
A todo el mundo por su linda cara.
Éste, químico y médico excelente,
Cura á todo doliente;
Pero *gratis*, no se hable de dinero.
El otro, petimetre caballero,
Canta, toca, dibuja, borda, danza,
Y ofrece la enseñanza
Gratis por afición á cierta gente.
Veremos en la fábula siguiente
Si puede haber en esto algún engaño;
La prudente cautela no hace daño:
Dejando los desvanes y rincones,
El señor *Mirrimiz*, gato de maña,
Se salió de la villa á la campaña.
En paraje sombrío,
A la orilla de un río
De sauces coronado,
En unas matas se quedó agachado.
El gatazo callaba como un muerto
Escuchando el concierto
De dos milavecillas
Que en las ramas cantaban maravillas;

Pero callabª en vano

Mientras no se acercaban á su mano

Los músicos volantes, pues quería

Mirrimix arreglar la sinfonía.

Cansado de esperar, prorrumpe al cabo,

Sacando la cabeza: ¡bravo! ¡bravo!

La turba calla: cada cual procura

Alejarse ó meterse en la espesura;

Mas él les persuadió con buenos modos,

Y al fin logró que le escuchasen todos.

—No soy gato montés ó campesino:

Soy honrado vecino

De la cercana villa.

Fuí gato de un maestro de capilla,

La música aprendí, y aun si me empeño,

Veréis cómo es la enseño;

Pero gratis, y en menos de una hora.

¡Qué cosa tan sonora

Será el oír un coro de cantores,

Verbigracia, calandrias, ruiseñores!—

Con estas y otras cosas diferentes

Algunas de las aves, inocentes,

Con manso vuelo á *Mirrimix* llegaron:

Todas en torno de él se colocaron;

Entonces, con más gracia

Y más diestro que el músico de Tracia,

Echando su compás hacia el más gordo,

Consigue *gratis* merendarse un tordo.



FÁBULA II

La danza pastoril.

A la sombra que ofrece
Un gran peñón tajado,
Por cuyo pie corría
Un arroyuelo manso,
Se formaba en estío
Un delicioso prado.
Los árboles silvestres,
Aquí y allá plantados,
El suelo siempre verde,
De mil flores sembrado,
Más agradable hacían
El lugar solitario.
Contento en él pasaba
La siesta recostado
Debajo de una encina

Con el albogue, Bato.
 Al son de sus tonadas
 Los pastores cercanos,
 Sin olvidar algunos
 La guarda del ganado,
 Descendían ligeros
 Desde la sierra al llano.

Las honestas zagalas,
 Según iban llegando,
 Bailaban lindamente
 Asidas de las manos,
 En torno de la encina
 Donde tocaba Bato;
 De las espesas ramas
 Se veía colgando
 Una guirnalda bella
 De rosas y amaranto.
 La fiesta presidía
 Un mayoral anciano;
 Y ya que el regocijo
 Bastó para descanso,
 Antes que se volviesen
 Alegres al rebaño,
 El viejo presidente,
 Con su corvo cayado,
 Alcanzó la guirnalda
 Que pendía del árbol,
 Y coronó con ella
 Los cabellos dorados
 De la gentil zagala
 Que, con sencillo agrado,
 Supo ganar á todas
 En modestia y recato.

*Si la virtud premiaran
 Así los cortesanos,
 Yo sé que no huiría
 Desde la corte al campo.*



FÁBULA III

Los dos Perros.

*Procure ser en todo lo posible,
El que ha de reprender, irrepreensible.*

*Sultán, perro goloso y atrevido,
En su casa robó, por un descuido,
Una pierna excelente de carnero.
Pinto (gran tragador), su compañero,
Le encuentra con la presa encarnizado,
Ojo al través, colmillo acicalado,
Fruncidas las narices y gruñendo.*

*—¿Qué cosa estás haciendo,
Desgraciado Sultán? (Pinto le dice:)*

*¿No sabes, infelice,
Que un perro infiel, ingrato,
No merece ser perro, sino gato?*

*¿Al amo que nos fía
La custodia de casa noche y día,
Nos halaga, nos cuida y alimenta.*

Le das tan buena cuenta
 Que le robas goloso
 La pierna del carnero más jugoso?
 Como amigo te ruego
 No la maltrates más; déjala luego.—
 —Hablas, dijo *Sultán*, perfectamente.
 Una duda me queda solamente
 Para seguir al punto tu consejo;
 Dí: ¿te la comerás si yo la dejo?

FÁBULA IV

La Moda.

Después de haber corrido
 Cierta danzante mono
 Por cantones y plazas,
 De ciudad en ciudad el mundo todo,
 Logró (dice la historia,
 Aunque no cuenta cómo)
 Volverse libremente
 A los campos del Africa orgulloso.
 Los monos al viajero
 Reciben con más gozo
 Que á Pedro el Zar los rusos
 Que los griegos á Ulises generoso.
 De leyes, de costumbres,
 Ni él habló, ni algún otro
 Le preguntó palabra,
 Pero de trajes y de modas, todos.
 En cierta jerigonza,
 Con extranjero tono,
 Les hizo un *gran detalle*
 De lo más *remarcable* á los curiosos.
 —Empecemos (decían)
 Aunque sea por poco.

Hiciéronse zapatos
 Con cáscaras de nueces, por lo pronto.
 Toda la raza mona
 Andaba con sus choclos,
 Y el no traerlos era
 Faltar á la decencia y al decoro.
 Un leopardo hambriento
 Trepa para los monos;
 Ellos huir intentan
 A salvarse en los árboles del soto.
 Las chinelas lo estorban,
 Y de muy fácil modo
 Aquí y allí mataba
 Haciendo á su placer dos mil destrozos
 En Tetuán, desde entonces
 Manda el Senado docto
 Que cualquier uso ó moda
 De países cercanos ó remotos,
 Antes que llegue el caso
 De adoptarse en el propio,
 Haya de examinarse
 En junta de políticos á fondo.
*Con tan justo decreto
 Y el suceso horroroso,
 ¿Dejaron tales modas?
 Primero dejarían de ser monos.*

FABULA V

El Lobo y el Mastín.

Trampas, redes y perros
 Los celosos pastores disponían
 En lo oculto del bosque y de los cerros.
 Porque matar querían
 A un lobo, por el bárbaro delito

De no dejar con vida ni un cabrito.
 Hallóse cara á cara
 Un mastín con el lobo de repente,
 Y cada cual se pára,
 Tal como en Zama estaban frente á frente,
 Antes de la batalla, muy serenos,
 Aníbal y Escipión, ni más ni menos.
 En esta suspensión, treguas propone



El lobo á su enemigo;
 El mastín no se opone,
 Antes le dice:—Amigo,
 Es cosa bien extraña, por mi vida,
 Meterse un señor lobo á cabricida.
 Ese cuerpo brioso
 Y de pujanza fuerte,
 Que mate al jabalí, que venza al oso.
 Mas ¿qué dirán al verte
 Que lo valiente y fiero
 Empleas tu sangre de un cordero?—

El lobo le responde:—Camarada,
Tienes mucha razón: en adelante,
Propongo no comer sino ensalada.—
Se despiden, y toman el portante.

Informados del hecho,
Los pastores, se apuran y patean,
Agarran al mastín, y lo apalean.
Digo que fué bien hecho;
Pues, en vez de ensalada, en aquel año
Se fué comiendo el lobo su rebaño.

*¿Con una reprehensión, con un consejo,
Se pretende quitar un vicio añejo?*

FÁBULA VI

(La Hermosa y el Espejo.

Anarda la bella
Tenía un amigo
Con quien consultaba
Todos sus caprichos.
Colores de moda
Más ó menos vivos.
Plumas, sombreretes,
Lunares y rizos,
Jamás en su adorno
Fueron admitidos
Si él no le decía:
Gracioso, bonito.
Cuando su hermosura,
Llena de atractivo,
En sus verdes años
Tenía más brillo,
Traidoras la roban
(Ni acierto á decirlo)
Las negras virueles

Sus gracias y hechizos

Llegóse al espejo
 (Está era su amigo),
 Y como se jacta
 De fiel y sencillo,
 Lisa y llanamente
 La verdad le dijo.
 Anarda, furiosa,
 Casi sin sentido,
 Le vuelve la espalda,
 Dando mil quejidos.
 Desde aquel instante,
 Cuentan que no quiso
 Volver á consultas
 Con el señor mío.

Escúchame, Anarda:
 Si buscas amigos
 Que te representen
 Tus gracias y hechizos,
 Mas que no te adviertan
 Defectos, y aun vicios
 De aquéllos que nadie
 Conoce en sí mismo,
 Dime, ¿de qué modo
 Podrás corregirlos?

FÁBULA VII

El Viejo y el Chalán.

Yabio está, no lo niego, muy notado
De una cierta pasión que le domina;
Mas ¿qué importa, señor? Si se examina,
Se verá que es un mozo muy honrado,
Generoso, cortés, hábil, activo,
Y que de todo entiende.

Cuanto pide el empleo que pretende.
 ¡Y qué! ¿No se lo dan?... ¿Por qué motivo?

Trataba un viejo de comprar un perro
 Para que le guardase los doblones.

Le decía el chalán estas razones:

—Con un collar de hierro

Que tenga el animal, échénle gente;



Es hermoso, pujante,
 Leal, bravo, arrogante;
 Y aunque tiene la falta solamente
 De ser algo goloso...

—¿Goloso? (dice el rico.) No lo quiero.

—No es para marmitón ni despensero
 (Continúa el chalán muy presuroso),
 Sino para valiente centinela.—

—Menos, concluye el viejo:
 Dejará que me quiten el pellejo
 Por lamer entretanto la cazuela.

FÁBULA VIII

La Gata con cascabeles.

Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
 Con un collar de grana,
 De pelo y cascabeles adornado.
 Al ver tal maravilla,
 Del alto corredor y la guardilla
 Van saltando los gatos de uno en uno.
 Congrégase al instante
 Tal congreso gatuno
 En torno de la dama rozagante,
 Que entre flexibles colas arboladas
 Apenas divisarla se podía.
 Ella, con mil monadas,
 El cascabel parlero sacudía;
 Pero cesando al fin el sonsonete,
 Dijo que por juguete
 Quitó el collar al perro su señora,
 Y se lo puso á ella.
 Cierta que *Zapaquilda* estaba bella:
 A todos enamora
 Tanto, que en 'a gatesca compañía,
 Cuál dice su atrevido pensamiento,
 Cuál se encrespa celoso;
 Riñen éste y aquél con ardimiento,
 Pues con ansia quería
 Cada gato soltero ser su esposo.
 Entre los arañazos y maullidos
 Levántase *Garraf*, gato prudente,
 Y á los enfurecidos
 Les grita:—Noble gente,

¿Gata con cascabeles por esposa?
 ¿Quién pretende tal cosa?
 ¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta
 Y que la dama hambrienta
 Necesita, sin duda, que el marido,
 Ausente y aburrido,
 Busque la provisión en los desvanes,
 Mientras ella, cercada de galanes,
 Porque el mundo la vea,
 De tejado en tejado se pasea?—
 Marchóse Zapaquilda convencida,
 Y lo mismo quedó la concurrencia.
*¡Cuántos chascos se llevan en la vida
 Los que no miran más que la apariencial!*

FÁBULA IX

El Ruiseñor y el Mochuelo.

Una noche de Mayo,
 Dentro de un bosque espeso,
 Donde, según reinaba
 La triste oscuridad con el silencio,
 Parece que tenía
 Su habitación Morfeo;
 Cuando todo viviente
 Disfrutaba de dulce y blando sueño,
 Pendiente de una rama
 Un ruiseñor parlero
 Empezó con sus ayes
 A publicar sus dolorosos celos.
 Después de mil querellas,
 Que llegaron al cielo,
 A cantar empezaba
 La antigua historia del infiel Tereo,

Cuanáo, sin saber cómo,
 Un cazador mochuelo
 Al músico arrebató
 Entre las corvas uñas prisionero.
 Jamás Pan con la flauta
 Igualó sus gorjeos,
 Ni resonó tan grata
 La dulce lira del divino Orfeo.
 No obstante, cuando daba
 Sus últimos lamentos,
 Los vecinos del bosque
 Aplaudían su muerte: ¡yo lo creo!
 Si con sus serenatas
 El mismo *Farinelo*
 Viniese á despertarme
 Mientras que yo dormía en blando lecho,
 En lugar de los *bravos*
 Diría:—Caballero,
 ¡Que no viniese ahora
 Para tal ruiseñor algún mochuelo!
Clori tiene mil gracias;
 ¿Y qué logra con eso?
Hacerse fastidiosa
Por no querer usarlas á su tiempo.

FÁBULA X

El Amo y el Perro.

—Callen todos los perros en este mundo
 Donde está mi *Palomo*:
 Es fiel, decía el amo, sin segundo,
 Y me guarda la casa... Pero ¿cómo?
 Con la despensa abierta
 Le daíé cierto día.

Y en medio de la puerta
 De guardia se plantó con bizzarria.
 Un formidable gato,
 En vez de perseguir á los ratones,
 Se venía, guiado del olfato,
 A visitar chorizos y jamones.
Palomo le despide buenamente;
 El gatazo se encrespa y acalora,



Riñen sangrientamente,
 Y mi *guardajamones* lo devora.—
 Esto contaba el amo á sus amigos,
 Y después á su casa se los lleva,
 A que fuesen testigos
 De tal fidelidad en otra prueba.
 Tenía al buen *Palomo* prisionero
 Entre manidas pollas y perdices;
 Los sebosos riñones de un carnero
 Casi casi le untaban las narices.
 Dentro de este retiro, á penitencia

El triste fué metido
 Después de algunos días de abstinencia.
 Al fin, ya su señor compadecido,
 Abre con sus amigos el encierro;
 Sale rabo entre piernas agachado;
 Al amo se acercaba el pobre perro
 Lamiéndose el hocico ensangrentado:
 El dueño se alborota y enfurece
 Con tan fatales nuevas.

*Yo le preguntaría: ¿y qué merece
 Quien la virtud expone á tales pruebas?*

FÁBULA XI

Los dos Cazadores.

Que en una marcial función,
 O cuando el caso lo pida,
 Arriesgue un hombre su vida,
 Digo que es mucha razón;
 Pero el que por diversión
 Exponer su vida quiera
 A juguete de una fiera,
 O peligros no menores,
 Sepa de dos cazadores
 Una historia verdadera:
 Pedro Ponce el valeroso
 Y Juan Carranza el prudente,
 Vieron venir frente á frente
 Al lobo más horroroso.
 El prudente, temeroso,
 A una encina se abalanza,
 Y, cual otro Sancho Panza,
 En las ramas se salvó.
 Pedro Ponce allí murió.
Imitemos á Carranza.



FÁBULA XII

El Gato y el Cazador.

Cierto gato, en poblado descontento,
Por mejorar sin duda de destino
(Que no sería gato de convento),
Pasó de ciudadano á campesino.
Metióse santamente
Dentro de una covacha, mas no lejos
De un gran soto poblado de conejos.
Considere el lector piadosamente
Si el leal ermitaño
Probaría la hierba en todo el año.
Lo mejor de la caza devoraba,
Haciendo mil excesos;
Mas al fin, por el rastro que dejaba
De plumas y de huesos,
Un cazador lo advierte; lo persigue
Arma trampas y redes con tal maña,
Que al instante consigue

Atrapar la carnívora alimaña.
Llégase el cazador al prisionero;
Quiere darle la muerte;
El animal le dice:—Caballero,
Duélase de la suerte
De un triste pobrecito
Metido en la prisión y sin delito.—
 —¿Sin delito, me dices,
 Cuando sé que tus uñas y tus dientes
 Devoran infinitos inocentes?—
 —Señor, eran conejos y perdices,
 Y yo no hacía más, á fe de gato,
 Que lo que ustedes hacen en el plato.—
 —Ea, pícaro, muere,
 Que tu mala razón no satisface.
Conque, sea la cosa que se fuere,
¿La podrá usted hacer, si otro lo hace?



FÁBULA XIII
El Pastor.

Salicio usaba tañer
 La zamponia todo el año,
 Y, por óirlo, el rebaño

Se olvidaba de pacer.
 Mejor sería romper
 La zampofia al tal Salicio;
*Porque si causa perjuicio
 En lugar de utilidad,
 La mejor habilidad,
 En vez de virtud, es vicio.*

FÁBULA XIV

El Tordo flautista.

Era un gusto el oír, era un encanto,
 A un tordo, gran flautista; pero tanto,
 Que en la gaita gallega,
 O la pasión me ciega,
 O á Misón le llevaba mil ventajas.
 Cuando todas las aves se hacen rajás
 Saludando á la aurora,
 Y la turba confusa, charladora,
 La canta sin compás y con destreza
 Todo cuanto le viene á la cabeza,
 El flautista empezó: cesó el concierto.
 Los pájaros, con tanto pico abierto,
 Oyeron en un tono soberano
 Las folías, la gaita y el villano.
 Al escuchar las aves tales cosas,
 Quedaron admiradas y envidiosas.
 Los jilgueros, preciados de cantores,
 Los vanos ruiseñores,
 Unos y otros, corridos,
 Callan entre las hojas escondidos.
 Ufano el tordo grita:—Camaradas,
 Ni saben ni sabrán estas tonadas
 Los pájaros ociosos,
 Sino los retirados estudiosos.

Sabed que con un hábil zapatero
 Estudié un año entero:
 Él, dale que le das á sus zapatos,
 Y alternando silbábamos á ratos,
 En fin, viéndome diestro,
 —Vuela al campo, me dice mi maestro,
 Y harás ver á las aves, de mi parte,
 Lo que gana el ingenio con el arte.



FÁBULA XV

El Raposo y el Lobo.

Un triste raposo
 Por medio del llano
 Marchaba sin piernas,
 Cual otro soldado
 Que perdió las suyas
 Allá en Campo-Santos.
 Un lobo le dijo:
 —¡Hola, buen hermano!
 Diga: ¿en qué refriega
 Quedó tan lisiado?

—¡Ay de mí! (responde):

Un maldito rastro

Me llevó á una trampa,

Donde, por milagro,

Dejando una pierna

Salí con trabajo.

Después de algún tiempo

Iba yo cazando,

Y en la trampa misma

Dejé pierna y rabo.—

El lobo le dice:

—Creíble es el caso.

Yo estoy tuerto, cojo

Y desorejado

Por ciertos mastines,

Guardas de un rebaño;

Soy de estas montañas

El lobo decano:

Y como conozco

Las mañas de entrambos,

Temo que acabemos,

No digo enmendados,

Sino tú en la trampa

Y yo en el rebaño.

¡Que el ciego apetito

Pueda arrastrar tanto!

A los brutos, pase;

¡Pero á los humanos!

FÁBULA XVI

El Ciudadano pastor.

Cierto jóven leía

En versos excelentes

Las dulces pastorelas

Con el mayor deleite.
 Tenía la cabeza
 Llena de prados, fuentes,
 Pastoras y zagalas,
 Zamponas y rabeles.
 Al fin, cierta mañana
 Prorrumpe de esta suerte:
 —¡Yo he de estar prisionero,
 Cercado de paredes,
 Esclavo de los hombres
 Y sujeto á las leyes,
 Pudiendo entre pastores,
 Grata y sencillamente,
 Disfrutar desde ahora
 La libertad campestre!
 De la ciudad al bosque
 Me marchó para siempre:
 Allí Naturaleza
 Me brinda con sus bienes.
 Los árboles y ríos
 Con frutos y con peces;
 Los ganados y abejas,
 Con la miel y la leche.
 Hasta las duras rocas
 Habitación me ofrecen,
 En grutas coronadas
 De pámpanos silvestres.
 Desde tan bella estancia,
 ¡Cuántas y cuántas veces
 Al són de dulces flautas
 Y sonoros rabeles,
 Oiré á los pastores
 Que discretos contienden,
 Publicando en sus versos
 Amores inocentes!
 Como que ya divisó
 Entre el ramaje verde

A la pastora Nise,
 Que, al lado de una fuente,
 Sentada al pie de un olmo,
 Una guirnalda teje.
 ¿Si será para Mopso?—
 Tanto al joven enciende
 Su loca fantasía,
 Que ya, en fin, se resuelve,



Y en zagal disfrazado
 En los bosques se mete.
 A un rabadán encuentra,
 Y le pregunta alegre:
 —Dime: ¿es de Melibeo
 Ese ganado?—Miente,
 Que es mío; y, sobre todo,
 Sea de quien se fuere.—
 No respondió el buen hombre
 Muy poéticamente.
 El joven, temeroso

De que tal vez le diese
 Con el fiero garrote
 Que por cayado tiene,
 Sin chistar más palabra
 Huyó bonitamente.
 Marchaba pensativo,
 Cuando quiso la suerte
 Que, cogiendo bellotas,
 A la pastora viese.
 — ¡Oh Nise fementida!
 (Exclama.) ¡Cuántas veces,
 Siendo niña, querías
 Que yo te recogiese
 La fruta con rocío
 De mis manzanos verdes!—
 Diciendo así, se acerca,
 La moza se revuelve,
 Y dándole un bufido
 En las breñas se mete.
 Sorprendido el mancebo,
 Dice:—¿Qué me sucede?
 ¿Son estos los pastores
 Discretos, inocentes,
 Que pintan los poetas
 Tan delicadamente?
 A nuevos desengaños
 Ya no quiero exponerme.—
 Rendido, caviloso,
 A la ciudad se vuelve.

*Yo siento á par del alma
 Que no se detuviese
 A disfrutar un poco
 De la vida campestre.
 Por mi fe que las migas,
 El pastoril albergue,
 El rigor del verano,
 Los hielos y las nieves.*

*Le hubieran persuadido
Mucho más vivamente,
Que es un solemne loco
Todo aquel que creyere
Hallar en la experiencia
Cuanto el hombre nos pinta por deleite.*

FÁBULA XVII

El Ladrón.

Por catar una colmena
Cierta goloso ladrón,
Del venenoso aguijón
Tuvo que sufrir la pena.
—La miel (dice) está muy buena:
Es un bocado exquisito;
Por el aguijón maldito
No volveré al colmenar.—
*¡Lo que tiene el encontrar
La pena tras el delito!*

FÁBULA XVIII

El joven Filósofo y sus compañeros.

Un joven. educado
Con el mayor cuidado
Por un viejo, filósofo profundo,
Salió por fin á visitar el mundo
Concurrió cierto día,
Entre civil y alegre compañía,
A una mesa abundante y primorosa.

—¡Espectáculo horrendo!... ¡Fiera cosa!
 ¡La mesa de cadáveres cubierta
 A la vista del hombre!... ¡Y éste acierta
 A comer los despojos de la muerte!—
 El joven declamaba de esta suerte.
 Al son de filosóficas razones,
 Devorando perdices y pichones,
 Le responden algunos concurrentes:



—Si usted ha de vivir entre las gentes,
 Deberá hacerse á todo.—
 Con un gracioso modo,
 Alabando el bocado de exquisito,
 Le presentan un gordo pajarito.
 —Cuanto usted ha exclamado será cierto;
 Mas, en fin (le decían), ya está muerto.
 Pruébelo; por su vida... Considere
 Que otro lo comerá si no lo quiere.—
 La ocasión. las palabras, el ejemplo,
 Y, según yo contemplo

Fe no sé qué olorcillo
Que exhalaba el caliente pajarillo,
Al joven persuadieron, de manera
Que al fin se lo comió.—¡Quién lo dijera!
¡Haber yo devorado á un inocente!—
Así clamaba; pero fríamente.

Lo cierto es que, llevado de aquel **cebo,**
 Con más facilidad cayó de nuevo.

La ocasión se repite
 De uno en otro convite,
 Y de una codorniz á una becada,
 Llegó el joven, al fin de la jornada,
 Olvidando sus máximas primeras,
 A ser devorador como las fieras.

*De esta suerte los vicios se insinúan,
 Crecen, se perpetúan
 Dentro del corazón de los humanos,
 Hasta ser sus señores y tiranos.
 Pues ¿qué remedio?... Incautos locucitos
 Cuenta con los primeros pajaritos.*

FÁBULA XIX

El Elefante, el Toro, el Asno

y los demás Animales.

Los mansos y los fieros animales,
 A que se remediasen ciertos males
 Desde los bosques llegan
 Y en la rasa campaña se congregan;
 Desde la más pelada y alta roca
 Un asno trompetero los convoca.
 El concurso, ya junto,
 Instruído también en el asunto
 (Pues á todos por Júpiter previno

Con cédula *ante diem* el pollino),
 Imponiendo silencio el elefante,
 Así dijo:—Señores, es constante
 En todo el vasto mundo,
 Que yo soy en lo fuerte **sin segundo.**
 Los árboles arranco con la mano,
 Venzo al león, y es llano
 Que un golpe de mi cuerpo en la muralla
 Abre sin duda brecha. A la batalla
 Llevo todo un castillo guarnecido:
 En la paz y en la guerra soy tenido
 Por un bruto invencible,
 No sólo por mi fuerza irresistible,
 Por mi gordo colete y grave masa,
 Que hace temblar la tierra donde pasa.
 Mas, señores, con todo lo que cuento,
 Sólo de vegetales me alimento;
 Y como á nadie daño, soy querido,
 Mucho más respetado que temido.
 Aprended, pues, de mí, crueles fieras,
 Las que hacéis profesión de carniceras,
 Y no hagáis, por comer, atroces muertes,
 Puesto que no seréis, ni menos fuertes
 Ni menos respetadas,
 Sino muy estimadas
 De grandes y pequeños animales
 Viviendo, como yo, de vegetales.
 —¡Gran pensamiento (dicen), gran discurso!—
 Y nadie se le opone del concurso.
 Habló después un toro de Jarama:
 Escarba el polvo, cabecea, brama.
 —Vengan (dice) los lobos y los osos,
 Si son tan poderosos,
 Y en el circo verán con qué donaire
 Les haré que volteen por el aire.
 ¡Qué! ¿Son menos gallardos y valientes
 Mis **buernos** que sus garras y sus dientes?

¿Pues por qué los villanos carniceros
 ¿Han de comer mis vacas y terneros?
 Y si no se contentan
 Con las hojas y hierbas que alimentan
 En los bosques y prados
 A los más generosos y esforzados,
 Que muerdan de mis cuernos al instante,
 O si no, de la trompa al elefante.—
 La asamblea aprobó cuanto decía
 El toro con razón y valentía.
 Seguía-se á los dos en el asiento,
 Por falta de buen orden, el jumento,
 Y con rubor expuso sus razones:
 —Los milanos (prorrumpe) y los halcones
 (No ofendo á los presentes, ni quisiera)
 Sin esperar tampoco á que me muera,
 Hallan para sus uñas y su pico
 Estuche entre los lomos del borrico.
 Ellos querrán ahora, como bobos,
 Comer la hierba á los señores lobos;
 Nada menos: aprendan los malditos
 De las chochaperdices ó chorlitos,
 Que sin hacer á los jumentos guerra,
 Envainan sus picotes en la tierra,
 Y viva todo el mundo santamente,
 Sin picar ni morder en lo viviente.—
 —¡Necedad, disparate, impertinencia!—
 (Gritaba aquí y allá la concurrencia.)
 —¡Haya silencio (claman), haya modo!—
 Alborótase todo;
 Crece la confusión, la grito crece:
 Por más que el elefante se enfurece,
 Se deshizo en desorden la asamblea.
 ¡Adiós gran pensamiento, adiós ideal!
Señores animales, yo pregunto:
 ¿Habló el asno tan mal en el asunto?
 ¿Discurrieron tal vez con más acierto?

*El elefante y toro? No por cierto.
Pues ¿por qué solamente al buen pollino
Le gritan: Disparate, desatino?
Porque nadie en razones se paraba,
Sino en la calidad de quien hablaba.
Pues, amigo elefante, no te asombres
Por la misma razón entre los hombres
Se desprecia una idea ventajosa.
¡Qué preocupación tan peligrosa!*



